

El mito de "El Dorado"



S privilegio de la imaginación forjarse un bello ideal siempre en armonía con las creencias de los pueblos, con sus necesidades físicas y morales, con las aspiraciones de toda sociedad hacia el conocimiento del mundo exterior. Poética en sus concepciones, tenaz en sus propósitos, la imaginación ha sido siempre fecunda en todos los tiempos y lugares: jamás envejece. Como la naturaleza, cambia de atractivos, se reviste de nuevas formas, según la latitud, la altura, la índole y tendencias de cada sociedad, conservando siempre cierta influencia sobre los destinos sociales.

La figura ideal, el símbolo, el mito son siempre los accidentes de todo cuadro fantástico. La historia comienza con la fábula, con la leyenda, con la tradición, preámbulos de toda narración verídica. La poesía, la intervención divina, lo sobrenatural preceden siempre a lo verdadero. La fábula es el

pórtico de la historia. Magnífica con sus creaciones, encanta, seduce, guía al espíritu antes de ser éste subyugado por la razón, y trae por resultado final la conquista física o moral que es la síntesis de las grandes lucubraciones. En todo mito existe algo verdadero que perdura, después que se desvanecen las ficciones alegóricas fundidas en el molde de la poesía imaginativa. Al principio, aparece la idea a imagen de las nebulosas, materia aglomerada, en su estado rudimentario: fórmase después un núcleo que toma formas múltiples. Al continuar la labor, reálzase la idea estética y aparece la verdad en el arte, en la ciencia, en la historia. En su desenvolvimiento la idea ha ido gradualmente de lo misterioso a lo visible hasta producir un resultado armónico que representa vigiliias prolongadas, luchas sostenidas, derrotas y triunfos. En lo físico como en lo moral toda conquista supone una escala que es necesario ascender.

La antigüedad griega creó un mito que ha tenido su similitud en los tiempos modernos. El Vello de oro que fué el punto de partida de las expediciones geográficas, en el mundo pagano, es la imagen de "El Dorado" famoso que, después del descubrimiento de América, trajo las expediciones inmortales que enriquecieron la ciencia con la adquisición de nuevas tierras, de nuevas razas, con la colonización de nuevos pueblos y la conquista geográfica de un Mundo. La fábula es una misma, embellecida en ambas épocas, con la idea de lo maravilloso, y sostenida con el deseo ardiente, impulso que guía a la idea hasta su completa realización. El origen de la expedición de los argonautas tiene por causas la adquisición de los valiosos tesoros del rey Aetes. Comienza con la construcción de la nave Argos, a las faldas del Pelión. En ella se embarcan los valientes de Esparta y de Etiopía. Tifis es el piloto, el médico Esculapio, Orfeo el cantor, y los héroes de la ventura,

Jason, Teseo, Hércules, Antólico y otros descendientes de los dioses. Salen de Tesalia, visitan a Lemnos y Samotracia, entran en el Helesponte, y costean el Asia menor. Unos se detienen y fundan colonias, prosiguen otros y conquistan nuevas tierras. Sea que la expedición siga el curso que acabamos de indicar; sea el Adriático el teatro de sus conquistas, o las orillas del Volga y del Tanais; sea el Norte y Oeste de Europa, hasta Gades y Gibraltar, de donde sigue al Mediterráneo; que en el regreso a su patria, después del triunfo, sigan los argonautas itinerarios fantásticos que varían de Hesiodo a Píndaro, de Píndaro a Apolonio, y se modifiquen sucesivamente, en el mismo tiempo en que se ensanchaban los conocimientos geográficos de los griegos, como dice Ducharme, (1) hay una verdad, y es, que este mito es el móvil de las expediciones griegas; que cada país se lo apropia, y que aquel desempeña un gran papel en la conquista científica del mundo pagano. ¿Qué importa la nacionalidad del mito si los resultados son satisfactorios? El conocimiento de la tierra, el cambio de ideas, el ensanche del comercio y de la navegación ¿no reconocen un mismo fin, el progreso de la humanidad?

Como en el mito griego, los orígenes de la conquista castellana aparecen en los principios, como quimeras. Háblase de un mundo ignorado, lleno de riquezas que es necesario adquirir. Un visionario acaricia la idea, y, después de andar de puerta en puerta, como Pedro el Hermitaño, buscando protección, pónese al frente de los expedicionarios, y lánzase a la ventura. No son mares conocidos los que debe arrostrar sino el Océano ignoto, poblado

(1) Ducharme. *Mythologie de la Grèce antique*.

de escollos y tempestades, sin retirada posible. Salen de las costas andaluzas y siguen rumbo hacia el Oeste. Un día llega en que los expedicionarios creyéndose perdidos se subleban contra el jefe; pide éste un plazo, y a poco se divisa tierra, cuyos moradores los reciben con júbilo, como recibieron a los argonautas los pobladores de Lemnos.

Habían descubierto el Nuevo Mundo.

¿Quiénes van en aquellas pobres carabelas que recuerdan a la nave **Argos**? ¿Quién es el jefe, sin rival, de esos aventureros que cruzan por la primera vez las olas del agitado Atlas? ¿Qué solicitan, qué hallan? En el transcurso de un siglo vese a estos expedicionarios que se suceden, se renuevan hasta posesionarse de su conquista. Durante un siglo recorren las costas y las islas, y abarcando por ambos Océanos el Nuevo Mundo, proclaman, desde las orillas del mar hasta las cimas inaccesibles, cubiertas de fuego y de nieve, la gloria de Castilla. ¡Qué hombres! Atraviesan las costas y las llanuras y los lagos y ríos caudalosos, y transmontan las cordilleras, y soportan el hambre, y luchan contra pueblos numerosos y contra la naturaleza salvaje e inclemente, y explotan las riquezas y fundan colonias y ciudades, y exterminan los pueblos que los reciben, y levantan finalmente, las bases de la civilización americana.

Hé aquí un hecho inmortal: el descubrimiento y conquista de un mundo por los argonautas modernos. Colón es el piloto Tifis; Ércilla y Castellanos los Orfeos de la epopeya; Ojeda, Vespucio, Ordaz, Cortéz, Pizarro, Valdivia, Almagro, Balboa, Quesada y otros más los héroes de la lucha sangrienta, y los escaladores del Ande. No acaban de descubrir la primera isla, y sed de oro los atormenta. ¿Dónde estaban los espléndidos tesoros de Aetes,

dónde el Bellocino de oro? Ellos mismos hermocean la fábula que les sirve de estímulo, y adornándola con los atavíos de la imaginación, y sin saber dónde existen los tesoros, los buscan, y piensan en los jardines encantados de las Hespérides que han dejado atrás, y en el templo del sol que los llama adelante, y en la ciudad dorada de Manoa, y en los bosques de canelos, y en los santuarios, donde el dios de los Incas, cubierto de oro y piedras preciosas, se comunica cada día, en orgía de rayos, con el sol del Universo. La conquista es un hecho, pero se necesita lo maravilloso para que no desfallezcan los guerreros; es necesario escalar el cielo, pelear con los dioses, para alentar en los hipántropos el amor a la gloria.

Nace entonces el mito de El Dorado.

Refiere Humboldt que, en la época en que visitaba las ruinas de Cajamarca (1802), un joven indio de diez y siete años, que le acompañaba, hijo del cacique Astorpilco, le entretenía en términos muy poéticos y con imágenes seductoras acerca de las riquezas de sus antepasados, los Incas. Figurábase una grandiosa magnificencia y tesoros acumulados bajo los escombros que pisaban. Decía cómo uno de sus progenitores había vendado los ojos a su mujer, y después de hacerla andar mil rodeos, por caminos labrados en la pena, la había conducido a los jardines subterráneos del Inca. Allí ve árboles cubiertos de follaje y frutos, y pájaros posados sobre sus ramas; todo ello hecho de oro purísimo y primorosamente trabajado; allí ve también **una de las andas de oro** de Atahualpa, objeto que tantas veces se buscó en vano. El marido prohíbe a su mujer,

el tocar a nada, porque el tiempo en que debía renacer el imperio, anunciado de muy atrás, no había llegado aún, y cualquiera que se apropiase alguna de aquellas obras maravillosas, debía morir en la misma noche (1).

Era esto un recuerdo de los jardines de oro, situados en el Cuzco, bajo el templo del sol, y en el valle de Yuncai, sitio predilecto de los Incas. Refiere la tradición que en estos jardines que no estaban bajo tierra, crecían plantas vivas al lado de plantas artificiales, señalándose entre las últimas, elevados tallos y espigas de maíz como lo mejor imitado de la naturaleza.

“La seguridad con que afirmaba el joven Astorpilco, agrega Humboldt, que bajo sus pies y en el sitio en que estábamos, la tumba del Inca extendía sus ramas un árbol de Yongué, con sus grandes flores hecha de hilos y láminas de oro, me producía triste y honda emoción. Allí, como donde quiera, son las ilusiones y los ensueños un consuelo felizmente imaginado para endulzar la desnudez y las miserias presentes.” “¿Puesto que tú y tus parientes creéis tan firmemente en la existencia de tales jardines, no intentáis alguna vez, preguntaba Humboldt al joven Astorpilco, buscar desenterrando tesoros que tan próximos teneis un remedio a nuestra pobreza?” “No nos dá tal antojo, responde el indio; dice mi padre que fuese pecado. Si tuviéramos las ramas de oro con sus frutos auríferos, nos aborrecerían los blancos, nuestros vecinos, y nos harían mal. Tenemos tierras y buen trigo.”

Hay en esta narración un mito y las Hespérides, con sus manzanas de oro, una realidad. Es la fábula del jardín de que existió en las costas gaditanas o a orillas del Atlas, transportado a las altas regiones de

(1) Humboldt. *Tableau de la nature*.

los Andes, en una época que ignoramos. Y es en la narración verídica de los cronistas castellanos que conocieron las riquezas del Perú y admiraron en los templos quichuas la imagen del sol hecha en oro y exornada con piedras preciosas, colocada al Oeste para que recibiera los rayos del sol naciente. Dicen los cronistas que el interior del templo del Cuzco era materialmente una mina de oro.

Caricancha, "lugar del oro", llamaron los Quichuas al templo del sol, en Cuzco. **Lágrimas que el sol lloraba**, dicen los cronistas que suponían los Incas, ser el oro. **Dios de los castellanos**, llamó al oro, el cacique cubano Huatey. Temiendo que algún día regresaran a Cuba los Castellanos, tenía sus espías que le decían cuanto pasaba en la Española. Cuando sabe que vuelven los conquistadores, reúne su pueblo, le recuerda las persecuciones hechas a su raza por los castellanos, y asegura que todo lo hacían para satisfacer a un poderoso señor a quién adoraban, el cual quería mostrárselo. Y sacando un cestillo de palma lleno de oro, les dice: "**Hé aquí el Dios de los castellanos; éste es el poderoso señor a quién sirven y tras el cual andan. Y como habéis oído que quieren volver por acá, en solicitud de su Dios, hagámosle fiestas y bailemos para que cuando lleguen les diga que no nos hagan mal**". Y bailaron y se divertieron hasta rendirse (1).

Las primeras noticias referentes a El Dorado, nacieron, antes que en Venezuela, en las costas de Cundinamarca, **Castilla del Oro**, **Río del Oro** llamaron los conquistadores las regiones de Urabá y del Magdalena. Ningún otro lugar más propicio para despertar la codicia que aquellas costas donde tropezaron con el rico metal, desde el momento en

(1) Esto pasaba en 1511. Herrera, Historia de los hechos de los castellanos, etc., etc., Década I.

que las pisaron. Piedrahita, Gumilla y el Padre Julián (1) están de acuerdo en que fueron las costas de Santa Marta, la primera tierra donde nació el mito de El Dorado. De allí hubo de peregrinar, a semejanza del caudaloso río, que, después de haberse ramificado y bañado dilatadas regiones, cae al Océano. De Santa Marta sigue el mito a Vélez, a Bogotá, a Tunja, a Popayán, y penetra en las comarcas del Chimborazo, y continúa al imperio de los Incas, para de allí retroceder y establecerse a orillas del Amazonas y del Orinoco. Jamás una epidemia se había extendido con más prontitud. La existencia de tan inmenso tesoro fué lo suficiente para enloquecer los espíritus más rectos y adiestrar a los hombres más timoratos. De esta manera lo que al principio aparecía como conjetural toma después visos de verdad. Poco a poco reviste el mito múltiples formas, hasta que se magnifica, acompañado de gran cortejo de maravillas y exageraciones. Ya es una montaña bañada por ríos cuyas arenas son de oro; ya un jardín de cuyos árboles penden áureas frutas, con pájaros que cantan, con fuentes que murmuran; ya una ciudad imperial donde los edificios resplandecen y se miran en las aguas de un lago misterioso; acá es una comarca donde los habitantes cargan armas de oro; allá un soberano cuyos vestidos están cubiertos de polvo aurífero; allí un templo lleno de ídolos del rico metal; aquí un santuario donde brilla la imagen del sol adornada con piedras preciosas. Ya lo fijan en las costas Cundinamarca, ya en las dilatadas regiones del Meta y del Guaviare, ya en el país de los Omaguas, al Sur del Orinoco. Para unos, está al Este del volcán Tungurahua, en tierras del Ecuador; para otros, en las altas regiones de los

(1) Piedrahita, *Conquista de Nueva Granada*. Gumilla, *El Orinoco ilustrado*. Julián, *La perla de Santa Marta*.

lagos. Ya finalmente, se lo supone en la Guayana, en las comarcas ignoradas del fabuloso lago Parima. Y explotando esta idea, salen del Norte y del Sur y del Este y Oeste, expediciones por tierra y por agua, en solicitud del famoso Vellochino de oro.

Todas las fábulas, ha dicho un escritor, tienen algún fundamento real y la de El Dorado se parece a aquellos mitos de la antigüedad que viajando de país en país han sido adoptados sucesivamente por diferentes localidades. Así fué en efecto. La hermosa llanura entre el Orinoco, el Meta y el Guaviare, que llamó Humboldt, la Mesopotamia de América, fué el Dorado de Ordáz, de Herrera, de Ortal, de Spira, de Federmann y de Pérez de Quesada. Alfinger busca el suyo por las tierras de Upar y de Pamplona. Ursúa lo fija en el país de los Taironas, en las cercanías de Santa Marta. El imperio de los Omaguas fué el Dorado de Orellana y de Hutten (Utre o Urre de los cronistas). Para Benalcázar, su Dorado estuvo al Este del Tungurahua, donde refiere el cronista Herrera, que andaban los hombres en medio de bosques de canelos, llevando el cuerpo cubierto de joyas de oro. El país de los Muisca, con sus ricos santuarios, fué el Dorado de Jiménez de Quesada, y también de Benalcázar y de Federmann que lo descubren por tres rumbos diferentes; y la ciudad imperial de Manoa y el lago de Parima, el Dorado de Berrío y de Raleigh.

El mito de El Dorado fué la figura poética con la cual representaron los castellanos los ricos depósitos de oro, que tres siglos más tarde se descubren en las bastas regiones de Upata, del Yuruari, del Meta, de Antioquia y de otros lugares del continente. Han sostenido algunos historiadores que El Dorado fué un pretexto que adoptaron los indios para internar a los conquistadores y perderlos. Esto no es exacto. La invasión castellana, ya por la fuerza de las circunstancias, ya por la topografía del continente

tuvo que ser de Norte a Sur. El oro no se hallaba sino en limitados lugares, y los indios conocedores de esto, indicaban siempre el rumbo, para satisfacer la curiosidad de los castellanos. Cuando Colón, al ver las sartas de perlas de las mujeres de Paria, pregunta a los caciques por el lugar donde se producían, éstos le señalan el Norte, es decir, las islas de Margarita, de Coche y de Cubagua. Cuando Ordáz pregunta a los caciques del Orinoco donde se encontraba el oro que usaban en sus chaguales, aquellos le indican el Oeste, es decir, las corrientes del río hasta tropezar con las regiones del Meta y del Guaviare. A esta dilatada comarca conducen a Spira, a Federmann y a Hutten los informes de los caiquetíos de Coro (1). Si Alfinger hubiera seguido las indicaciones de los indios del Magdalena no habría fracasado. A la mitad del camino deja el rumbo Sur y tuerce al Este, trasmonta el páramo de Cachire, y es víctima al caer a Pamplona. Más afortunado Jiménez de Quesada sigue el camino abandonado por Alfinger y descubre el rico país de los Muiscas. Cuando Federmann, impaciente de no hallar oro en las comarcas del Guaviare y del Meta, trata de retirarse a Coro, los indios le dicen que si trasmonta la cordillera de Cundinamarca cae en un país riquísimo; y el alemán valeroso la trasmonta, y comparte con Benalcázar y Quesada el descubrimiento de la célebre meseta de Bogotá.

¿Dónde estuvo la verdadera patria de El Dorado? ¿Fué a orillas del Magdalena o en la Castilla del oro, al Oeste del continente? ¿Fué en el imperio de los Omaguas al Sur del Orinoco, o en el santuario de

(1) En la Humboldtiana titulada: El elemento germánico en la conquista de Venezuela, hallaremos los pormenores de las expediciones alemanas de Alfinger, de Spira, de Hutten y Federmann, en busca de El Dorado, desde 1527 hasta 1537.

los Chibchas, en los Andes de Cundinamarca? ¿Estuvo en la Mesopotamia americana o en las elevadas cumbres coronadas por el lago Guatavita? ¿Fué su cuna el jardín encantado de los Incas, o el país de los Quijos, en las orillas auríferas del Napo? ¿Estuvo, finalmente, en las fuentes del Caura, del Esequibo y río Blanco, o en la ciudad de Manoa, en las regiones fabulosas del lago Parima? Asegura el padre Julián que fué la cuna de El Dorado, el país de los Taironas, palabra que en la lengua de sus indios significa *fragua*, y que en estas comarcas se hallaron hornillos y fundiciones del rico metal. De aquí nació, según aquel historiador, el origen del mito. Nos parece más cónsono decir que la fábula tuvo su cuna en el pueblo Quichua, donde fué el oro, no sólo elemento de riqueza sino también de poderío. Nada pudo rivalizar en la época de la conquista el fastuoso brillo de los Incas. Los pueblos de origen peruano que emigraron de Sur a Norte, en épocas muy remotas, antes de la conquista castellana, fueron los introductores de la fábula, en las regiones amazónicas y en el Orinoco. La capital de los Omaguas, Macatoa, con edificios y calles de oro, y la ciudad de Manoa con todas sus riquezas que tanto exaltaron la imaginación de Berrío y de Raleigh, a fines del siglo décimo sexto, no pueden considerarse sino como variantes del jardín de los Incas. Como el Vellochino de oro, El Dorado pertenece, no a una localidad, sino a un continente. Durante un siglo es el origen de millares de aventuras de descubrimientos y de crímenes. Desaparecen los santuarios americanos, con sus famosos ídolos, entregan los Incas sus tesoros, amásanse las prendas de los indios cautivos, por oro se rescata la vida, y el oro desaparece. Así pasan los años hasta que la moderna civilización descubre los verdaderos yacimientos del buscado metal, en Cundinamarca, en Perú y en las dilatadas regiones de la Guayana venezolana. Cualquiera que sea la

forma poética del mito, éste pertenece a la dilatada región situada al Este de los Andes, donde parece haber existido, primero que en las cordilleras, el culto del sol. Todas las expediciones de Oriente, de Occidente, del Norte, del Sur se dirigieron siempre en solicitud de las comarcas bañadas por el Orinoco, donde la imaginación de los pueblos americanos supuso la existencia de la capital de los Omaguas, que llegó a descubrir el intrépido Hutten, y la de Manoa que trajo las expediciones de Raleigh. El Orinoco con sus terrenos auríferos, con su exuberancia de vida, con sus montañas graníticas, con sus tributarios agigantados, ha resuelto el problema del mito de El Dorado. Por esto decía a los castellanos, Arimuicaipi, Cacique del Caroní, señalándoles las constelaciones del cielo austral, que las nubes de Magallanes con su blanquecina luz eran el reflejo de las rocas argentíferas situadas en medio de la laguna Parima. Cuando Humboldt escribía, ahora setenta y ocho años; "no puede negarse la existencia de un terreno aurífero en la extensión de ochenta y dos mil leguas cuadradas, entre el Orinoco, el Amazonas, al Este de los Andes de Quito y Nueva Granada", parecía augurar la riqueza prodigiosa de la Guayana venezolana. A los tres siglos de haber desaparecido los argonautas modernos, se halla el Vellochino de oro, que guardaba la tierra en sus entrañas.

¿Qué ha dado a la civilización moderna el mito de El Dorado? El conocimiento geográfico de Venezuela, de Cundinamarca, del Perú y de las bastas regiones del Orinoco. Sin la sed de oro no habrían recorrido las aguas de este majestuoso río, Ordáz, Herrera, Ortál, y después Berrío y Raleigh. Sin la sed de oro no habrían los germanos descubierto el Occidente de Venezuela y cruzado sus sabanas y caudalosos ríos. Sin la sed de oro no se habrían precipitado en las aguas del Amazonas Hernando Pizarro, Orellana y Aguirre, ni descubierto a Cundi-

namarca Quesada, Benalcázar y Federmann. Sin la sed de oro no habría caído el imperio de los Incas. Los buscadores de El Dorado fueron los primeros geógrafos del continente, y, sus tenientes, los fundadores de los primeros pueblos.

¡Cómo hermocean los mitos la historia de todas las naciones! Sin la expedición de los argonautas, las regiones de Grecia y del Asia Menor carecerían de tantos recuerdos conexionados con la historia de las primeras expediciones geográficas, llenas de ficciones y de episodios maravillosos, cantados por todos los poetas. No puede separarse de la conquista de América el mito de El Dorado. Cuzco y Cajamarca, hablarán siempre de sus jardines de oro; Guatavita de sus tesoros; Tunja, de sus ídolos; Sogamuxi de sus santuarios, mientras que el Orinoco nos referirá la conquista de los Omaguas, nos hablará de la expedición de Ordáz, el primero que cruza sus aguas, y nos trasportará a la ciudad de Manoa y a orillas del lago Parima, para contemplar en las nubes de Magallanes, en el cielo austral, el reflejo de las rocas argentíferas de la Guayana.

La majestad de los Andes, lo grandioso del continente, sus ríos, sus llanuras, sus bosques donde se contemplan los astros de la vía láctea, necesitaban del portentoso mito que fué el origen de tantas aventuras, de tantos sacrificios, del exterminio de la civilización indígena y de la fundación de las ciudades castellanas que, a través de los siglos, perduran con sus ruinas y recuerdos inmortales. Estas reminiscencias de la época mitológica tienen todavía influjo en las nuevas exploraciones geográficas del continente. Son luz que guía en el estudio de los orígenes americanos, cuando se estudian las ruinas prehistóricas, y las tumbas, en las altas regiones de los Andes, nos regalan los recuerdos de épocas remotas, en la noche de los tiempos. En la naturaleza americana, no son las formas exteriores, la extensión, la riqueza de

los tres reinos, la magnificencia del escenario, lo único que cautiva; el hombre americano aparece también en su cuna, a la altura del hombre asiático y europeo, en su desarrollo, en sus concepciones, en su poesía, en sus creencias, en sus aspiraciones, como probando que la humanidad ha tenido un mismo origen, en ambos mundos.



Biografía Sintética
de Alejandro de Humbolt

Escrita en italiano por el Profesor del Real Instituto Superior del Magisterio de Messina, Dr. Guissepe Caracj, especialista en Geografía y en Historia de las Exploraciones, y traducida al Castellano para "MUSEO HISTORICO", por J. Roberto Páez



NO de los más grandes naturalistas y geógrafos alemanes, Alejandro de Humboldt, fue hermano de Guillermo, el célebre humanista, literato y filólogo. Nació en Berlín el día 14 de Setiembre de 1769. Pasó con su hermano la infancia y la juventud en Tegel, propiedad de sus padres. Fueron sus primeros maestros J. H. Campe y J. J. Kunth. A la muerte de su padre fué a Berlín, en donde siguió las lecciones de sabios eminentes como

J. J. Engel, el sociólogo E. F. Klein, el filósofo C. W. Dohm. En 1786 ingresó en la Universidad de Francfort, yendo su hermano a Gottinga. Humboldt se juntó con él en 1789 y aquí conoció a los dos Forters, estrechando amistad sobre todo con Juan Reinoldo. Hizo con él una larga excursión en 1790 por el Rihn, Holanda, Bélgica, Inglaterra y Francia. Se inscribió, luego, en Hamburgo en un curso de ciencias comerciales y en 1791 en la escuela de minas de Friburgo, pasando el año siguiente como "Oberbergmenister" a las minas de Francois.

En 1795 visitó Italia setentrional y Suiza, y en 1797 viajó, en compañía de L. Von Buch, a los Alpes Orientales. En 1798 fué a París en donde se relacionó con el botánico Aimé de Bompland, naturalista insigne con el que Humboldt compartía la inspiración de realizar un dilatado viaje de estudio a las regiones tropicales.

Fallida la misión de Baudin que intentaba dar una nueva vuelta al globo, para la que se había invitado a Humboldt, resolvió con Bompland partir a Argelia, pero truncado a medias el plan en Marsella, decidieron ir a pie a España, en donde consiguieron permiso para visitar las colonias españolas de América.

El 5 de Junio de 1799 la pequeña expedición zarpaba de la Coruña para las Canarias y de allí para Venezuela (Cumaná). A fines de 1799 y durante el año de 1800, Humboldt y Bompland visitaron Colombia, Venezuela y la Guayana Española, avanzando hacia el Sur hasta la frontera con el Brasil. Pasaron, luego, a Cuba en donde Humboldt se quedó tres meses, con intención de ir a México, a Filipinas y al Oriente.

Ante la falsa noticia de que pronto Baudin llegaría al Perú, Humboldt fletó una goleta en Batabano y con Bompland partió a Cartagena y de allí, atravesando los Andes, fué a Quito a donde llegó

en Enero de 1802. Luego de una permanencia beneficiosa en esa región, en la que de modo especial estudió y recorrió la zona volcánica (Chimborazo, Pichincha, Cotopaxi, Antisana) la expedición pasó al Perú. A principios de 1803 zarpó para México, cuya región central recorrió, acopiando una masa enorme de elementos nuevos, relativos a regiones poco conocidas.

Vuelto a Europa en 1804, Humboldt estableció su residencia en París, en donde se quedó hasta 1827, dedicado a elaborar los resultados científicos de sus viajes, en junta de un grupo de especialistas, entre los que se contaban: Cuvier, Latreille, Valenciennes, Oltmans, GayLussac, Provenzal, Berhaus, Walchenaer, sin dejar de realizar frecuentes viajes a su patria y a otros lugares, entre ellos a Italia en la que estuvo varias ocasiones. Ciertas comisiones de carácter político le obligaron también a ello; así, en 1814 acompañó al Rey de Prusia a Inglaterra y en 1818 fué a Londres y a Aquisgran como experto para los tratados de paz.

En la primavera del año de 1827 partió a Berlín, en donde dictó un curso público relativo a los resultados de sus viajes, que se hizo célebre por la influencia que tuvo fuera de los límites de Alemania.

En 1829 a instancias del gobierno ruso, llevó a cabo una segunda expedición al Asia central. Pasando los Urales fué a Tobolsk y a Barnaul y de aquí, por la alta cuenca del Ob, a Zungaria; regresó por la vía del Yrtys a Omsk, para ir por fin a Astrakan. En poco más de seis meses recorrió sobre los cuatro mil kilómetros, acopiando también aquí un rico material de observaciones, en particular sobre geología botánica y magnetismo terrestre.

Terminado el viaje por Asia, regresó a París hasta 1848, siendo cada vez más frecuentes las misiones diplomáticas que se le encomendaban. Fué creado Consejero aúlico.— En los últimos años volvió

a su Patria, en la que continuó sus estudios con incansable actividad, hasta su muerte, ocurrida en Berlín el 6 de Mayo de 1859.

La obra científica de Humboldt se encierra en una imponente colección de escritos que se inician el año de 1790, cuando tenía poco más de veinte años. En todas las ciencias de la naturaleza dejó la huella de su ingenio, pero más que por la contribución analítica, ya sorprende por la cantidad de elementos e ideas luminosas, su influjo se ejercitó a través de la obra en que pudo afirmar su rara capacidad de síntesis, ya que concretó diversos elementos en tesis generales y fecundas, destinadas por lo mismo a ser asimiladas con facilidad.

Los resultados de sus dos grandes viajes quedaron consignados en publicaciones voluminosas, y, por lo mismo, de elevado costo, accesibles sólo para un limitado número de especialistas. Todas ellas son ahora verdaderas rarezas bibliográficas. Pero junto a ellas, sus "Cuadros de la Naturaleza" y sobre todo su "Cosmos", señalan un punto de partida para nuevas orientaciones teóricas, en las que han buscado inspiración trabajos de interés general.—

La multiplicidad extraordinaria de las investigaciones dirigidas por Humboldt, procede no tanto de la necesidad de la inspección analítica sobre los propios principios metódicos, cuanto de una visión armónica y orgánica del universo. Mediante ella, el espíritu se ve conducido, a pesar de las continuas mutaciones y adaptaciones de los diversos terrenos de investigación, a no perder de vista la unidad indestructible de la naturaleza, a la que todo vuelve y en la que todo se relaciona y articula, por íntima necesidad, según leyes generales y constantes.—

Esta concepción que ya se había enunciado claramente en trabajos anteriores del año 1808, tiene pleno desarrollo en el "Cosmos", concebido en los

años de 1825 a 1828, iniciado en 1843 y llevado a feliz término en los años de 1845 a 1858, en cuatro volúmenes. Es el "Cosmos" una descripción física del mundo, como el mismo Humboldt la definió, estimada como su obra maestra, hasta porque la materia científica, caldeada por un entusiasmo que ni los años ni las fatigas lograron disminuir, halla su expresión adecuada poéticamente coloreada y clásicamente compuesta.

Grandísima es la importancia de Humboldt en el desarrollo de determinadas ciencias y en especial de la Geografía, de cuyo moderno florecimiento él no menos que K. Ritter tiene el mérito. Más que con esquemas teóricos, Humboldt señaló con el ejemplo el camino para todas las ramas de la Geografía Física, sin excluir la Morfología Terrestre, como puede verse en su obra: "Fragmentos de Geología y de climatología asiática", publicada en París en 1831. Creó la **fitogeografía**, con su "Distribución geográfica de las plantas" (1817). Condujo las primeras investigaciones metódicas sobre el magnetismo terrestre; amplió y vivificó el campo de los estudios climatológicos, con su libro sobre "Las líneas isotérmicas" (1817). Dejó el mejor ensayo que el siglo décimo nono puede presentar, el "Ensayo Político sobre la Nueva España", París 1811. Escribió la mejor monografía sobre la historia de la geografía, con su "Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente. (París. 1814 - 1834)".

Aparte de todo esto y como si ello no fuera ya bastante, Humboldt restituyó a la geografía, que estaba casi vacía de contenido propio, su fin como instrumento de ciencia original, sacando a luz la importancia que ella tiene para todo cuanto dice relación con la interdependencia de los fenómenos de la naturaleza y el valor que para este propósito asume el estudio de su distribución elogéica (geografía general).

Las ideas de Humboldt se extendieron entre sus contemporáneos más notables ya que con ellos mantuvo asidua correspondencia que ha llegado hasta nosotros.

No cabría citar todas sus obras. Recordemos tan sólo para apreciar cuanto debe la ciencia a Humboldt, que ellas han sido reimpresas multitud de veces. Hemos enumerado ya algunas de sus obras, señalemos que el inmenso "Viaje a las regiones equinocciales" publicado en París a partir del año 1809, ocupa treinta y cinco tomos, con numerosas cartas, gráficas y tablas, reunidas en atlas especial. La obra sobre "El Asia Central, investigaciones sobre las cadenas de montañas y sobre la climatología comparada. (París, 1842)", ocupa tres volúmenes. El "Cosmos" tiene cuatro tomos y se ha traducido a todos los idiomas. En Italia se publicó en 1846, en Milán.

Sus más notables biógrafos han sido en Alemania: K Brunhs (1782); H. Klenke (1887); G. Gunther (1900). En Italia escribió un volumen de divulgación, A. Michelis en 1930, con el título de "Alejandro de Humboldt y sus viajes", que se editó en Turin.



Estado social de América antes del descubrimiento (1)



IMPOSIBLE es hablar del primer reconocimiento de las costas de América por los normandos, a principios del siglo undécimo, sin exponer antes algunas graves consideraciones acerca de los destinos de la especie humana. Si este reconocimiento hubiera sido algo más que un suceso pasajero; si le hubiera seguido una conquista permanente y progresiva, avanzando de Norte á Sur, el estado moral y político del Nuevo Mundo fuera

(1) Del Libro: "Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América.— Historia de la Geografía del Nuevo Continente y de los Progresos de la Astronomía Náutica, en los siglos XV y XVI". Traducción de D. Luis Navarro y Calvo.— Madrid.— 1892.

muy distinto del que ha llegado á ser por la conquista de los españoles en los siglos XV y XVI. No fundo esta afirmación en hechos generalmente conocidos; en el contraste entre las rudas costumbres de la Europa escandinava y la floreciente civilización de los Estados del Mediodía; en los cambios que la sociedad europea ha experimentado en el espacio de cuatro ó cinco siglos; pero deseo que el lector fije su atención en el carácter individual impreso á las diferentes partes de América por los matices de barbarie ó de civilización más ó menos avanzada que distinguen á los indígenas, en la época del primer establecimiento de las colonias españolas, portuguesas ó inglesas.

En la región de los pueblos cazadores, por ejemplo, en los Estados Unidos y en el Brasil, las hordas errantes, fácilmente vencidas, huyeron de la vecindad con los europeos. Rechazadas poco á poco detrás de la cordillera de los Alleghanys y después más allá de las márgenes del Missisipí y del Missouri, sufriendo á la vez un desmejoramiento en las costumbres y en la constitución física, al aislarse, se empobrecieron y casi se extinguieron.

Los indígenas no intervienen para nada en el cuadro político de esta parte del Nuevo Continente, frontera á Europa, porque evacuaron el país en todas aquellas comarcas donde, por su primitiva barbarie y su manera de entender la libertad, les fueron odiosas las instituciones de nuestro orden social.

No sucedió lo mismo en los pueblos montañeses de los Andes y en el litoral frontero al Asia, centro de la civilización más antigua de la especie humana. Méjico, al sur de Río Gila, Teochiapán, Nicaragua, Cundinamarca, el imperio de los Muyscas, Quito y el Perú estaban ocupados á fines del siglo XV por pueblos agrícolas que gozaban una civilización más o menos avanzada unidos por comunidad de culto y de creencias religiosas, formando sociedades políticas,

sencillas unas por efecto de larga tiranía, raras y complicadas otras en su organización interior; favorables en algunos puntos á la tranquilidad pública, á la prosperidad material, á una civilización en masa, pero contrarias á todo desarrollo de las facultades individuales.(1)

En Méjico, la corriente de los pueblos montañoses verificóse de Norte á Sur, mientras en la América meridional en la teocracia de los Incas, el movimiento civilizador se realizó en todas direcciones. Desde la meseta de Cuzco se propagó casi al mismo tiempo hacia los Andes de Quito, los bosques del Alto Marañón y las Cordilleras de Chile.

En esta región, que era desde antiguos tiempos agrícola, los conquistadores europeos se limitaron á seguir los rastros de una cultura indígena. Los indios no se apartaron de la tierra que cultivaban desde hacía tantos años, y algunos pueblos tomaron nombres españoles.

Méjico sólamente cuenta 1'700.000 indígenas, de raza pura, cuyo número aumenta con la misma rapidez que el de las otras razas. En Méjico, en Guatemala, en Quito, en el Perú, en Bolivia, la fisonomía del país, á excepción de algunas grandes ciudades, es esencialmente india; en los campos, la variedad de las lenguas se ha conservado con las costumbres y los usos de la vida doméstica. Allí sólo hay de nuevo algunos rebaños de vacas y de ovejas, algunos cereales y las ceremonias de un culto mezclado con las antiguas supersticiones locales.

Preciso es haber vivido en las altas mesetas de la América española ó en la Confederación anglo-americana para comprender bien lo que este contraste entre los pueblos cazadores y los agrícolas,

(1) "Sitios de las Cordilleras y Monumentos de los pueblos indígenas", Tomo I, pág. 40.

entre los países desde largo tiempo bárbaros y los que gozaban de antiguas instituciones políticas y de una legislación indígena muy desarrollada, ha facilitado ó detenido la conquista, e influído en la forma de los primeros establecimientos de los europeos y como ha impreso, aun en nuestros días, carácter propio á las liferentes regiones de América.

El P. José Acosta, que estudió sobre el terreno el drama sangriento de la conquista, comprendió ya estas diferencias notables de la civilización progresiva y de la completa ausencia de orden social que presentaba el Nuevo Mundo en la época de Cristóbal Colón, ó poco tiempo después de la colonización española, y dice (según la ingenua traducción de Roberto Regnauld, (hecha en 1597) "ser cosa bien demostrada que lo que mejor prueba la barbarie de los pueblos es el gobierno que los rige y la forma en que se dejan mandar; porque cuanto mayor es el número de los hombres que se aproximan á la razón, tanto más humano y menos insolente es su gobierno y más tratables los reyes, y se acomodan mejor con sus vasallos, reconociendo que la Naturaleza les hizo iguales. Por ello muchas naciones de estos indios no han querido, en sus comunidades, reyes ó señores absolutos; porque, entre los bárbaros, los gobernantes tratan á los súbditos como bestias y quieren ellos ser tratados como dioses". El jesuíta, quizá intencionadamente, atribuye á sabia previsión lo que sólo se debía al imperio de las circunstancias y de los intereses.

Acabo de exponer cómo el estado social en que Europa encontró á América á fines del siglo XV modificó profundamente la marcha de la conquista, la forma de los primeros establecimientos y, lo que es más importante y no ha sido bien apreciado en las discusiones de la política americana, el carácter que hoy conservan los diferentes estados libres del Nuevo Continente. Pero este estado social era distinto cuatro siglos antes de la conquista. De ir los europeos



Vista del Chimborazo y del Cariguairazo, según dibujo de Humboldt.
El Explorador de Asia y Geógrafo Ferdinand von Richthofen dijo de Humboldt en 1878:
"En cualquier parte de sus viajes, al tope de Teneriffe, en las aguas brillantes de la
quilla del vapor en ruta al Oeste, en las Selvas del Orinoco, en el territorio volcánico
de América del Sur, en la sumersión tranquila, en la maravilla de la naturaleza del
trópico, se abrieron para él nuevos círculos de ideas que tenían como resultado una
trascendencia reformatoria".

á América tras las huellas de los marinos escandinavos, hubieran encontrado allí un orden de cosas totalmente diverso.

Desde la primera llegada de los aventureros normandos á Salerno y á la Pulla, hasta la destrucción del poder de los árabes en España, es decir, desde el principio del siglo XI hasta fines del XV, sufrió sin duda Europa cambios considerables en el estado de su civilización; sin embargo, las revoluciones ocurridas en América durante esta misma época son mucho más asombrosas.

Los Imperios contra los cuales lucharon Cortés y Pizarro no existían cuando los escandinavos llegaron á las costas de Vinland. El pueblo azteca no apareció en la meseta de Anahuac hasta 1190; la ciudad de Tenochtitlán (Méjico) fué fundada en medio de un lago alpino en 1325, es decir, unos setenta años antes del viaje de los hermanos Zeni.

Lejos de mi ánimo suponer que en el Anahuac, antes de los aztecas, y en el Perú, antes de la misteriosa llegada del primer Inca, no había habido nunca cultura intelectual ú orden social. Los grandes monumentos piramidales de Teotihuacán, de Cholula y de Papantla son más antiguos que los aztecas; y de igual modo en los alrededores del lago Titicaca, en la meseta peruana, las ruinas de Tiahuanaco son señales de una civilización anterior á las construcciones de los Incas de Cuzco. Pero el Nuevo Mundo ha tenido sin duda, como el antiguo, vicisitudes de barbarie y de civilización.

Sabemos con certidumbre que los pueblos del Perú vivían muy embrutecidos antes de la legislación teocrática de Manco Cápac; sabemos que la población industriosa de los tucultecos que habitaba en Méjico quinientos años antes que los aztecas, que empleaba como éstos la escritura jeroglífica y que tenía una medida del año más exacta que los pueblos de

Europa, decayó desde el siglo XI, hasta llegar á gran envilecimiento. Estos datos bastan para probar que la Europa escandinava hubiera encontrado las hermosas regiones alpinas de la América tropical muy distintas de lo que eran en tiempo de Colón, de Cortéz y de Pizarro.

En la primitiva época acaso hubo otros centros de cultura parcial en Guatemala, Uatatlán, Copán, Petén y Santo Domingo Palenque; al norte de Méjico, en Quivira (el Dorado del rey barbudo Tatarrax), célebre por las fábulas de fray Marcos de Niza; y al norte de la Luisiana, entre las orillas del Ohío y los lagos del Canadá, desde los 39° a los 44° de latitud.

Compréndese que haya frecuentes cambios de lugar en la cultura por efecto de grandes emigraciones de pueblos á quienes rodean hordas bárbaras.

Los rastros de algunos progresos en las artes son indudables en las regiones más boreales; pero es imposible hasta ahora asignar fechas de origen á los "túmulus" y á las circunvalaciones polígonas de la Alta Luisiana, como á los edificios de Palenque, adornados con tanta riqueza de esculturas (1).

Propio es de sana crítica histórica detenerse donde faltan los datos precisos, sin desdeñar por ello las ingeniosas combinaciones que pueden ocasionar probables conjeturas. Lo que se trata de probar aquí

(1) "Relat. hist.", t. II, páginas 155—161; HAKLUYT, t. III, páginas 363—397; JUARROS, "Compendio de la historia de Guatemala", acerca de Uatatlán, t. I, pág. 66; t. II, pág. 11; acerca de Petén del Yucatán (Maya), t. I, pág. 33; t. II, páginas 142 y 146; acerca de Palenques de la antigua provincia de los Tzendales, t. I, pág. 14; t. II, pág. 55. También acaso pertenecen al centro de la antigua civilización del Reino de Quiche (civilización probablemente anterior a la llegada de los aztecas al Anahuac) los monumentos de la República de Honduras, donde aún se ve, cerca de Copán, un gran circo, los hypogeos de Tibulco y estatuas cuyos paños tienen un carácter rarísimo (TORQUEMADA, lib. IV, cap. 4; JUARROS, t. I, pág. 43; t. II pág. 153).

es que América, entre las épocas de Leif y de Colón, cambió de aspecto, sin influencia alguna del Antiguo Mundo, y que estos cambios en el orden social modificaron esencialmente en muchos puntos del Nuevo Mundo el estado de las sociedades europeas que se establecieron en medio de pueblos indígenas que de muy antiguo eran agrícolas.



Influencia del Descubrimiento de América en la civilización



ORTO número de ejemplos han bastado para caracterizar la grandeza de miras y las sagaces observaciones físicas que revelan los escritos del marino genovés. La erupción del colosal volcán de Canarias, al principio del primer viaje de descubrimientos, preparaba, por decirlo así, los ánimos para la contemplación de las maravillas que la Naturaleza, en su salvaje fecundidad (1), pone

(1) Sorprendió a los compañeros de Colón la vigorosa vegetación de los trópicos en un suelo pedregoso y apenas cubierto de tierra vegetal. No pudiendo conocer la respiración aérea de los vegetales y la abundante nutrición que presta el sistema **apendicular** (el gran desarrollo del follaje), atribuían lo que llamaban ausencia de raíces al calor de la tierra. La reina Isabel se complacía en aludir a árboles tan poco arraigados cuando censuraba la ligereza de carácter y la movilidad de los naturales de Haití (Oviedo, en RANUSIO, *Viaggi*, t. III, pág. 87)

de manifiesto en las montañosas costas de Haití y de Cuba.

Limitándonos al corto período de catorce años que media entre el descubrimiento de América y la muerte de Colón, reconocemos en la correspondencia y en las Décadas de Anghiera cuán graves y numerosas son las cuestiones de geografía física y de antropología promovidas desde entonces por los hombres ilustrados de España e Italia. Estas cuestiones, cuyo interés aumentaban tantos hechos nuevos, no preocupaban sólo a los sabios en aquel siglo de grandes descubrimientos, en aquellos tiempos de ardoroso entusiasmo, sino también al público, lo mismo en Toledo que en Sevilla, en Venecia que en Génova o Florencia, en todas partes donde la industria comercial había extendido el horizonte y ensanchado la esfera de las ideas.

El contraste que ofrecían las dos costas opuestas, habitadas en los mismos paralelos por la raza negra de cabellos cortos y rizados, y la raza cobriza, de larga y lisa cabellera, ocasionaban grandes disputas literarias acerca de la unidad, de la degeneración progresiva y la posibilidad de emigraciones lejanas (1) del género humano. Discutíase la influencia que ejercen los climas en la organización; las diferencias entre los animales americanos (2) y los de Africa, las

(1) Ya he dicho antes las tradiciones que había en Haití de la llegada allí de hombres blancos y negros, antes de Colón.

(2) Colón recogió y trajo en su primer viaje objetos de historia natural. Sin embargo, la reina Isabel le recomendó de nuevo, en carta fechada en Segovia el 16 de agosto de 1494, que le enviara de las islas nuevamente descubiertas cuantas aves de río y de bosque encontrara allí, y que pudiera procurarse, porque quería verlas todas, y le era sumamente satisfactorio saber lo que hay en tierras donde hasta las mismas estaciones son tan diferentes de las nuestras.

La costumbre de recoger las producciones de países lejanos, no por el precio que tengan, sino como curiosas, es antiquísima. De las mismas costas africanas de donde

causas generales de las corrientes pelágicas, las modificaciones que experimentan por la configuración de las tierras, y los cambios de forma que a su vez hacen sufrir (1) a los continentes y a las islas. Estos asuntos preocuparon extraordinariamente los ánimos desde fines del siglo XV hasta los primeros años del XVI, ¡Cuánto mayor no fué el interés que inspiraban estos problemas físicos cuando los **conquistadores** avanzaron de las costas al interior de un vasto continente, y subieron a las mesetas de Bogotá, de Antioquía, de Popayán, de Quito, del Perú y de Méjico!

Los efectos del crecimiento de la temperatura y las modificaciones que experimentan la forma y la distribución de los vegetales, en una escala perpendicular, llaman la atención de los hombres menos habituados a reflexionar sobre los fenómenos naturales, desde el momento en que entran en una zona tropical donde, de la región de las palmeras y

Hannón trajo pieles "de mujeres salvajes", o más bien de monos gorilas, para colgarlas en un templo, trajo también Cadamosto pelos negros de elefantes, que como los pelos de elefante antediluviano de la desembocadura del Lena, tenía palmo y medio de largos, y los presentó al infante D. Enrique (RANUSIO, T. I., pág. 109; GRYN. página 33, cap. XLIII).

- (1) No sólo aludo a la ingeniosa observación de Colón sobre la forma paralelepípeda de las Grandes Antillas, cuyas dimensiones mayores son debidas a la dirección de la corriente ecuatorial, sino también a la antigua tradición de los naturales, discutida por Colón y por Anghiera, de que todas las islas Lucayas (Bahamas), Cuba y Borinquen o Burequen (Puerto Rico, según Colón, isla de San Juan Bautista), formaron antes un Continente (HORN, **De Orig. Amer.**, pág. 158). Estas tradiciones se encuentran en todas las zonas, lo mismo en el Archipiélago de la India que en el Mediterráneo y en América, y probablemente en ninguna parte son históricas; nacen del aspecto de las islas diversamente agrupadas, o en hileras, o alrededor de un islote central. El sentido de los mitos geológicos, que pertenecen a todos los grados de la escala de la civilización recorridos por los pueblos, y la idea de una ruptura de las tierras, preséntame más pronto y con más frecuencia que la idea de un levantamiento volcánico del seno de las aguas.

de los plátanos, sube en un día hasta la región de las nieves perpétuas.

Esta influencia de las mesetas sobre los climas y las producciones orgánicas no se ocultó por completo a la sagacidad de los griegos, sea en sus sistemáticas discusiones relativas a la altura de las tierras situadas en el Ecuador, sea en su comparación directa de los productos y de la temperatura de las altas y bajas comarcas del Asia menor (1); pero las mesetas del Tauro, de Persia y del Paropamisos, accesibles a la observación de los sabios antiguos, no presentan los pintorescos y maravillosos contrastes que, en corto espacio de terreno, aparecen en gigantesca escala en la zona ecuatorial del Nuevo Continente.

-
- (1) Erathostenes y Polibio atribuyen la frescura del clima en la región ecuatorial, no sólo al paso más rápido del sol por el Ecuador (GEMINUS, Elem. astron., cap. XIII), sino también y muy especialmente a la gran altura del suelo en las regiones ecuatoriales (STRABON, lib. II, pág. 97). Este concepto no se fundaba en ninguna observación directa; era resultado de especulaciones teóricas. Herodoto dudaba de la posibilidad de montañas nevadas más allá del trópico de Cáncer; pero estas dudas las disiparon en parte los compañeros de Alejandro cuando su victorioso ejército pasó al Oeste de la Pentapotamida en el país de los Paropamisadas, donde durante el verano nevaba en las mesetas habitadas (ARISTOBULO en STRABON, libro XV, pág. 691). La Cordillera de Himalaya, aunque situada en una zona donde las llanuras tienen un clima muy cálido, no pertenece a la región equinoccial propiamente dicha. La indicación, si no de verdaderos nevados análogos por su posición en latitud a las montañas cubiertas de nieves perpétuas de Quito, de Popayán y de la parte equinoccial de Méjico, al menos de nieves de Abisinia "en las que se hundían hasta las rodillas", encuéntrase en la inscripción de Adulis (Monum. Adulitanum Ptolomei Evergetis, en CHISHULL, Antiq. asiat., 1728, pág. 80). Strabón expone ideas muy exactas acerca del decrecimiento de la temperatura a medida que el suelo se eleva. En los países meridionales, dice, todas las partes elevadas, aunque sean llanas (mesetas, tablelands), son frías (Lib. I, pág. 73). La diferencia de clima del Ponto y de la Capadocia, más meridional y más fría, cree que es efecto de la altura del suelo (libro XII, pág. 539).

Las inmensas planicies del Asia central, recorridas en la Edad Media, por Marco Polo y por monjes más bien diplomáticos que misioneros, están situadas lejos de los trópicos. Las alturas de Abisinia y del Congo, o de la India meridional, a igual latitud que las mesetas de Anahuac o del Cuzco, fueron más conocidas de los árabes y de los sacerdotes buddistas viajeros, que de los europeos del siglo XV. No cabe, pues, duda de que los grandes conceptos sobre la configuración de la superficie del globo y acerca de las modificaciones de la temperatura y de la vida orgánica, nacieron y condujeron a resultados generales después del descubrimiento de América, región en que el hombre encuentra inscritas, en cada roca de la rápida pendiente de las Cordilleras en aquella serie de climas superpuestos o escalonados, las leyes del decrecimiento del calórico y de la distribución geográfica de las formas vegetales.

Sirvió Colón al género humano, ofreciéndole de una vez tantos objetos nuevos al estudio y la reflexión; engrandeció el campo de las ideas, é hizo progresar el pensamiento humano. La época en que aparece en el teatro del mundo, no es, sin duda, la de las tinieblas que envolvieron un período de la Edad Media; pero la filosofía escolástica sólo ofrecía al espíritu formas. En comparación de esta abundancia y de este artificio de formas, cuyo estudio absorbía todas las facultades, la penuria de ideas, sobre todo de esas nociones que, naciendo de contacto más íntimo con el mundo material, alimentan sustancialmente la inteligencia, era notoria.

En ninguna otra época, repetimos, se pusieron en circulación tantas y tan variadas ideas nuevas como en la era de Colón y de Gama, que fué también la de Copérnico, de Ariosto, de Durero, de Rafael y de Miguel Angel. Si el carácter de un siglo "es la manifestación del espíritu humano en una época dada", el siglo de Colón, ensanchando impensadamente

la esfera de los conocimientos, imprimió nuevo vuelo a los siglos futuros. Propio es de los descubrimientos que afectan al conjunto de los intereses sociales engrandecer a la vez el círculo de las conquistas y el terreno por conquistar. Para los espíritus débiles, en diferentes épocas la humanidad llega al punto culminante en su marcha progresiva, olvidando que, por el encadenamiento íntimo de todas las verdades, a medida que se avanza, el campo por recorrer se presenta más vasto, limitándole un horizonte que sin cesar retrocede. Un guerrero puede quejarse de que "quede poco por conquistar" (1); pero la frase no es aplicable, por fortuna, a los descubrimientos científicos, a las conquistas de la inteligencia.

Al recordar lo que el pensamiento de dos hombres, Toscanelli y Colón, han ayudado al espíritu humano, no es justo limitarse a los admirables progresos que simultáneamente hicieron la geografía y el comercio de los pueblos, el arte de navegar y la astronomía náutica; en general, todas las ciencias físicas y, finalmente, la filosofía de las lenguas, engrandecida por el estudio comparado de tantos idiomas raros y ricos en formas gramaticales.

Conviene también fijar la atención en la influencia ejercida por el Nuevo Continente en los destinos del género humano, bajo el punto de vista de las instituciones sociales. La tormenta religiosa del siglo XVI, favoreciendo el vuelo de una reflexión libre, preludió la tormenta política de los tiempos en que vivimos. La primera de estas revoluciones coincidió con la época del establecimiento de colonias europeas en América; la segunda se hizo sentir allí al final del siglo XVIII, y ha concluído por romper los lazos de dependencia que unían los dos mundos. Una

(1) PLUTARCO, *Vida de Alejandro*.

circunstancia en la que acaso no se ha fijado bien la atención pública y que se relaciona con esas causas misteriosas de que ha dependido la distribución desigual del género humano en el globo, favoreció, y aún podría decirse que hizo posible la referida influencia política. Tan pobremente poblada estaba la mitad del globo que, a pesar del largo trabajo de una civilización indígena vigente entre los descubrimientos de Leif y de Colón en las costas americanas fronteras a Asia, en las inmensas comarcas de la parte oriental, apenas vivían en el siglo XV algunas dispersas tribus de pueblos cazadores. Esta despoblación en países fértiles y eminentemente aptos para el cultivo de nuestros cereales, permitió a los europeos fundar allí establecimientos en escala infinitamente mayor que las colonizaciones en Asia y Africa. Los pueblos cazadores fueron rechazados de las costas orientales hacia el interior; y en el Norte de América, en un clima y con una vegetación muy análogos a los de las Islas Británicas, formáronse por emigración, desde fines del año 1620, comunidades cuyas instituciones reflejaban las libertades de la madre patria. La Nueva Inglaterra no fué primitivamente un establecimiento industrial y de comercio, como aún lo son las factorías del Africa; no fué la dominación sobre pueblos agrícolas de distinta raza, como el imperio británico en la India, y durante largo tiempo el imperio español en Méjico y el Perú; recibió la primera colonización de cuatro mil familias de puritanos, de las que descende hoy la tercera parte de la población blanca de los Estados Unidos, y era un establecimiento religioso (1). La libertad civil fué allí, desde el principio, inseparable de la libertad del culto.

(1) BANCROFT, t. I, págs. 336 y 507. "New England was á reguious plantations, not á plantation for tarde."

Ahora bien; la historia nos demuestra que las instituciones libres de Inglaterra, Holanda y Suiza, a pesar de la proximidad, no han influido en los pueblos de la Europa latina tanto como ese reflejo de formas de gobierno completamente democráticas, que lejos de todo enemigo exterior, y favorecidas por una tendencia uniforme y constante de recuerdos y antiguas costumbres, tomaron, en medio de una prolongada tranquilidad, desarrollos desconocidos en los tiempos modernos. De esta suerte, la falta de población en las regiones del Nuevo Continente situadas frente a Europa, y el libre y prodigioso crecimiento de una colonización inglesa al otro lado del gran valle del Atlántico, contribuyeron poderosamente a cambiar la faz política y los destinos del Nuevo Mundo.

Washington Irving dice que si Colón no cambia el 7 de Octubre de 1492 la dirección de la ruta, que era de Este a Oeste, dirigiéndose al Suroeste, hubiese entrado en la corriente del **Gulf Stream**, llevándole está hacia la Florida, y acaso desde allí al cabo Hateras y a Virginia, incidente de inmensa importancia, porque hubiera podido dar a los Estados Unidos, en vez de una población protestante inglesa, una población católica española.

Este aserto, intimamente relacionado con la cuestión de saber cuál fué la primera tierra que descubrió Colón, merece especial examen (1).

(1) Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América. Historia de la Geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía Náutica en los siglos XV y XVI, por Alejandro de Humboldt Tomo II Madrid 1892. Cap. VII.— Páginas: 100 a 108.

El Chimborazo y el Cariguairazo



IVIDESE unas veces la Cordillera de los Andes en muchos brazos, separados entre sí por valles longitudinales, formando otras una sola masa erizada de cimas volcánicas. Hemos procurado dar una idea general de la ramificación de las Cordilleras en Nueva-Granada, á 2° 30' y 5° 15' de latitud boreal, al describir en el capítulo VIII el paso de la montaña de Quindiu, habiendo hecho observar que los grandes valles de las cadenas laterales y central, vienen á ser las cuencas de dos ríos importantes, cuyo fondo está menos elevado sobre el nivel del Océano que el lecho del Ródano, que abre con sus aguas el valle de Sion, en los Altos Alpes. Los tres ramales de los Andes se confunden en un grupo que se prolonga hasta mucho más allá del Ecuador, unión que se ve perfectamente desde la árida meseta de la provincia de los Pastos, hacia el Sud de Popayán.

Ofrece dicho grupo singular aspecto en el reino de Quito desde el río Chota, que serpentea por aquellas montañas de roca basáltica, hasta el Páramo del Azuay, en el cual existen memorables restos de la arquitectura peruana. Colocadas en doble fila las cimas más elevadas, forman á la Cordillera como una doble cresta; cúspides colosales y cubiertas de hielos permanentes, que sirvieron de señales en las operaciones practicadas por académicos franceses para la medida del grado ecuatorial (1). La simétrica situación de estas dos líneas que se dirigen de Norte a Sud, ha hecho que Bouguer las considere como dos ramales de montañas divididas por un valle longitudinal; este célebre astrónomo llama fondo del valle al mismo lomo de los Andes, meseta de 2.700 á 2.900 metros de altura absoluta. Conviene distinguir una doble cresta de una verdadera ramificación de las Cordilleras.

En esta meseta se asienta el llano de Tapia, cubierto de piedra pómez y que se encuentra bajo el Chimborazo; llanuras donde se concentra la población de tan maravilloso país; ciudades que cuentan de 30 á 50.000 habitantes. Una ilusión extraordinaria impresionada irresistiblemente el ánimo cuando se llevan algunos meses de estancia en punto tan elevado, que sostiene al barómetro en los 54 centímetros de altura. Paso á paso se olvida que estos pueblos que anuncian la industria de los montañeses, estos pastos que sirven de alimento a numerosos rebaños de llamas y ovejas de Europa; estos vergeles encerrados por setos vivos de **Duranta** y **Barnadesia**; estos campos cultivados con esmero y esperanza de rica cosecha de cereales, se hallan como suspendidos en las regiones atmosféricas

(1) La Condamine, Bourger y Godin fueron encargados en 1736 de determinar la magnitud y figura de la Tierra. El resultado de sus operaciones en el Ecuador se publicó en 1749.

y á una elevación sobre el nivel de las vecinas costas del Océano Pacífico, mayor que la que mide la cima del Canigou sobre la cuenca del Mediterráneo.

Las desigualdades de la cresta de los Andes parecen otras tantas cimas independientes cuando se mira la meseta de las Cordilleras como una vasta llanura festoneada por lejanas montañas. El Pichincha, el Cayambe, el Cotopaxi, picos que llevan nombres especiales, como se ve, por mas que á la mitad de su altura total sólo constituyan una masa, se aparecen á los ojos del habitante de Quito como montañas distintas que se levantan del medio de un llano desnudo de toda selva; ilusión que hace más completa aún los dientes de la doble cresta de las Cordilleras que llegan hasta las regiones habitadas de más elevación. Por esto los Andes no se presentan con el aspecto de una cadena, sino de lejos, desde las costas del Gran Océano ó desde las sabanas que llegan al pie de su pendiente oriental. Colocados en la meseta superior de las Cordilleras, bien en lo que era Reino de Quito, ó en la Provincia de los Pastos, ó más al Norte en el interior de las tierras, sólo vemos un conjunto de cimas desparramadas y aislados grupos de montañas que se destacan de la planicie central. La gran masa que las Cordilleras ostentan, impide abarcar su total estructura; y, sin embargo, la dirección de los altos llanos que constituyen la meseta de los Andes, facilita singularmente el estudio de esa forma o fisionomía de las montañas de que se trata. Desde Quito al Páramo de Azuay, al Oeste, en una longitud de 37 leguas, se dibujan sucesivamente los picos de Casitagua, Pichincha, Atacazo, Corazón, Iliniza, Cariguairazo, Chimborazo, y Cunambay; y al Este, las cimas de Guamaní, Antisana, Pasuchoa, Ruminavi, Cotopaxi, Quelendana, Tungurahua y Capa-Urcu, todas ellas, con excepción de tres o cuatro, más altas que el Mont-Blanc. Por la manera como estan alineadas, se presentan en su verdadera figura

estas montañas vistas desde la meseta central, sin que mutuamente se oculten, y como proyectadas en la celeste bóveda, secundan el imponente espectáculo de Nuevo-Norfolk y de Río de Cook, y parecen, en fin, como una escarpada playa que surgiendo del seno de las aguas nunca está lejos, porque ningún objeto se interpone entre ella y el ojo del observador.

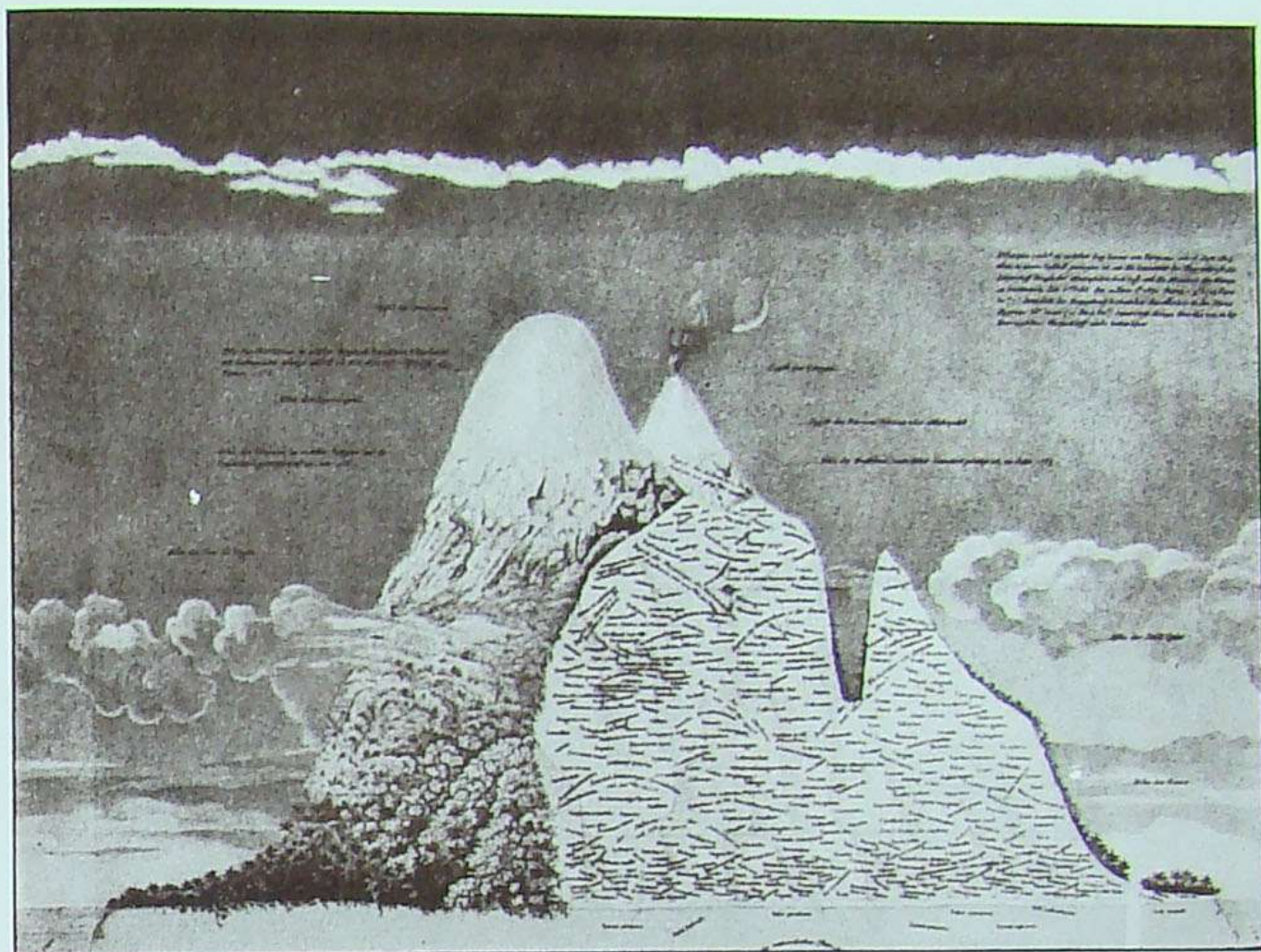
La estructura de las Cordilleras y forma de su meseta central favorecen su estudio geológico y permiten que el viajero examine de muy cerca los contornos de la doble cresta de los Andes, y la enorme elevación del sitio hace que parezcan pequeñas las cimas esparcidas sobre islotes por la inmensidad de los mares, como el Mowna-Roa y el Pico de Tenerife, que de no ser así impondrían con su aterradora altura. El llano de Tapia tiene 2891 metros, sólo una sexta parte inferior al Etna. El Chimborazo excede únicamente en 3640 metros á dicha meseta, que tiene 84 menos que el Mont-Blanc. de Chamounix, porque la diferencia que entre él y el Chimborazo existe es casi igual á la que se ve entre Tapia y el fondo del valle de Chamounix. Comparado el pico de Tenerife con el nivel de la villa de Orotava, situada á su pie, es más alto aún que el Chimborazo y el Mont-Blanc. respecto de Riobamba y Chamounix.

Montañas que nos maravillarían por su elevación si estuvieran a orillas del mar, parecen colinas en las Cordilleras. Quito, por ejemplo, tiene un pequeño cono que se llama Javirac; sus habitantes le miran como los de París á Montmartre y Meudon, y este cono de Javirac mide 3121 metros de altura absoluta, casi tanto como la cima del Marboré que es una de las superiores en la cadena de los Pirineos..

Los efectos de esta ilusión que produce la altura de las mesetas de Quito, Mulalo y Riobamba no son obstáculo á que se disfrute desde el llano de Tapia una vista tan magnífica que difícilmente podrá hallarse igual ni en las costas ni en la pendiente

oriental del Chimborazo. He tenido la fortuna de gozar de este espectáculo durante algunas semanas. Colocados entre la doble cresta que forman las colosales cúspides del Chimborazo, Tungurahua y Cotopaxi no pueden verse estas cimas bajo ángulos de gran elevación, porque aún se está muy cerca de ellas; al descender hacia los bosques que rodean el pie de las cordilleras esos ángulos se hacen muy pequeños, porque á causa de la enorme masa de las montañas, á medida que el nivel del Océano va aproximándose se alejan rápidamente las cimas.

El límite inferior de las nieves perpétuas es en el Chimborazo y Cariguairazo algo superior al Mont-Blanc; porque esta última montaña no se cubriría de nieves sino accidentalmente, de encontrarse situada bajo el ecuador. La constante temperatura que reina en esta zona hace imposibles las irregularidades que ofrece el límite de dichas nieves perpétuas en los Alpes y Pirineos. El camino que va de Quito á Guayaquil, hacia las costas del Océano Pacífico, se halla precisamente en la pendiente setentrional del Chimborazo, entre éste y el Cariguairazo. Esos picos cubiertos de nieve que por este lado se levantan, recuerdan la figura de la cúpula de Gouté, vista desde el valle de Chamounix. Bonpland, Montúfar y yo intentamos con gran peligro situarnos en una estrecha arista que arranca del medio de las nieves en la pendiente meridional de la cima del Chimborazo. El punto en que nos detuvimos para observar la inclinación de la aguja imantada con los instrumentos que llevábamos, parecía el más alto de todos cuantos han visitado los hombres en las cimas de las montañas; es superior en 1100 metros al Mont-Blanc, sitio a que llegó Saussure, el más sabio é intrépido de los viajeros, luchando con mayores dificultades de las que nosotros habíamos vencido hasta dominar aquella parte del Chimborazo. Excursiones tan penosas, cuya narración excita generalmente el interés



Silueta del paisaje de los Andes tomada de su obra de viaje, según un diseño de Humboldt en Guayaquil 1803, dibujado en París, 1805 por L. A. Schoenberger y P. J. F. Turpin. Ese cuadro natural de los Andes, fundado en las observaciones y mediciones que tomó del 10° Norte hasta el 10° Sur, en los años 1799-1803, es un corte transversal de los Andes, que copia los perfiles geológicos de la explotación minera. Fuera de los cinturones vegetativos del Chimborazo demuestra las especies de las plantas de los Andes. La altura se ha tomado con el barómetro. Al lado derecho e izquierdo del original en 16 tablas están puestas en la mejor forma posible, en cifras, todas las apreciaciones naturales que cambian con la altura. Humboldt quería demostrar en "una sola hoja" al lector el microcosmos, es decir una ilustración resumida de su pensamiento sobre la Geografía vegetativa. Ese motivo del cuadro y unos pocos pliegos del texto contienen el resumen genial de una nueva materia de la ciencia. Por mala suerte, Humboldt no publicó el resultado de sus investigaciones ampliadas por la Geografía de las plantas, en las cuales colectó hasta el año 1826, el material de unos 100 autores nacionales y extranjeros.

del público, no son sin embargo, de grandes resultados para el progreso de las ciencias, en razón á los accidentes del lugar, a la nieve que tapiza el suelo, a una capa de aire cuya combinación química es igual a la de las regiones bajas y á hallarse en situación impropia para practicar experimentos delicados con el éxito que se apetece.

Las elevadas cimas de los Andes afectan tres formas bien distintas, que son las principales. Los volcánes, aún activos, que no tienen más de un cráter de grandes dimensiones, vienen á ser montañas cónicas de cúspides más o menos truncadas. El Cotopaxi, Popocatepetl y el pico de Orizaba, ostentan esta figura. Volcanes cuya cima se ha hundido por causa de una larga serie de erupciones, se manifiestan como crestas herizadas de puntas, agujas inclinadas, rocas que amenazan ruina. Así es el Altar ó Capac-Urcu (1), montaña más elevada en otro tiempo que el Chimborazo, y cuya destrucción señala una época memorable de la historia física del Nuevo Continente; así es también el Cariguairazo, en gran parte arruinado el 19 de julio de 1698, y cuyos torrentes de agua y eyecciones fangosas hicieron estériles los campos de alrededor. A este horrible catástrofe acompañó un terremoto que tragó millares de habitantes en los vecinos pueblos de Hambato y Llactacunga.

La forma redondeada que se ve en el Chimborazo, es la la tercera y más majestuosa de todas tres, y recuerda esos picos desprovistos de cráteres que levanta la fuerza elástica de los vapores allí donde está animada por fuegos subterráneos la corteza cavernosa del globo. Las montañas de granito tienen un aspecto parecido al de la cima del Chimborazo; las graníticas parecen hemisferios achatados, los pórfidos

(1) En las Misceláneas de Geología y Física, de Humboldt, está representada esta montaña.

trápicos cúpulas arrogantes. Cuando después de largas lluvias, aumenta súbitamente la transparencia del aire, á orillas del mar del Sud, se aparece el Chimborazo en el horizonte como una nube que se destaca de las demás cimas de toda la cadena de los Andes, al modo que aquella cúpula majestuosa, obra del inmortal genio de Miguel Angel, se levanta sobre los monumentos antiguos que rodean el Capitolio.

Solamente los que hayan contemplado de cerca el espectáculo que ofrecen las cimas del Mont-Blanc, y el Mont-Rose, pueden formarse idea de la importante escena que muestra á la vista el majestuoso Chimborazo desde el llano de Tapia (1). Es su masa tan enorme que tiene, cerca del límite de las nieves perpétuas, 7000 metros de ancho. La extremada raridad de las capas de aire á cuyo través se divisan los Andes, contribuye en gran parte al mágico brillo y reflejo de la nieve. A una altura de 5000 metros aparece la bóveda celeste bajo los trópicos con tinte azulado; destácanse del fondo de esta atmósfera pura y transparente los contornos de las montañas, mientras que aquellas capas inferiores de aire que descansan en la desnuda meseta y que despiden calórico radiante, parecen vapores que revelan los últimos perfiles del paisaje.

Una elevación de 3.000 metros tiene Tapia, que se extiende al Este hasta el pie del Altar y del Condorasto, altura casi igual á la del Canigou una de las cimas superiores de los Pirineos. Ofrece la árida llanura algunos *Schinus molle*, *Cactus*, *Agava americana* y *Molina*. Preséntase en esta montaña la gradación de vida vegetal que he procurado trazar en mi **Cuadro de la Geografía de las Plantas**, y que

(1) La vista del Chimborazo que Humboldt mismo dibujó, está insertada en la traducción española de los "Cuadros de la Naturaleza" de Bernardo Giner (Gaspar, editores. Madrid, 1876).

puede seguirse en la pendiente occidental de los Andes, desde los impenetrables bosquecillos de palmeras hasta las nieves perpétuas, festoneadas de líquenes.

A los 3500 metros de altura absoluta, paso á paso se pierden las plantas leñosas de lustradas y correosas hojas. Separan de la región de las gramíneas la de los arbustos, yerbas alpinas, *Nerteria*, *Valeriana*, *Saxifraga* y *Lobelia*, y pequeñas plantas crucíferas. Forman las gramíneas una zona muy ancha, que de tiempo en tiempo se cubre de nieve que dura pocos días. Llámase esta zona **pajonal** en el país y de lejos parece un tapiz de amarillo dorado, color que contrasta agradablemente con el de las esparcidas nieves y que se debe a los tallos y las hojas de gramíneas que los rayos del sol queman en las grandes sequías. Encuéntrase sobre el **pajonal**, la región de las criptógamas de que están cubiertas a trechos las rocas porfídicas, desnudas de tierra vegetal. Más allá el límite de las nieves perpétuas señala el término de la vida orgánica.

Aún más alto que la cima del Chimborazo 450 metros, está el punto a que llegó Gay-Lussac en su viaje aéreo en 1804, tan fecundo en experimentos importantes para la metereología y conocimiento de las leyes magnéticas, y eso que sorprende con justicia la elevación de aquella montaña. Consérvase una tradición entre los indígenas de Quito, según la cual una meseta medio destruída desde el siglo XV y titulada el **Altar**, ha sido superior al Chimborazo. El Soumounang, montaña que es la más alta del Boutan, región del Asia central entre el Tibet y Bengala, tiene 4419 metros según medidas de viajeros ingleses; pero el coronel Crawford (1) asigna 7617 á la cima principal del Tibet. Si está fundada la elevación en

(1) System of Mineralogy, t. III, p. 329.

mediciones de completa exactitud, una de las montañas del Asia central, excede al Chimborazo en 1090 metros. Fenómeno de escasa importancia es, á los ojos del verdadero geólogo, que por el estudio de las **formaciones** se habitúa á mirar en grande á la naturaleza, la altura absoluta de las montañas, y no le sorprenderá seguramente que se descubra un día en algún punto del globo una cima que supere á la misma del Chimborazo tanto cuanto excede la más alta de los Alpes a los Pirineos.

VOLCAN DE COTOPAXI

He tenido ocasión de hacer observar en los capítulos VII y X, que la gran elevación de las mesetas que rodean las altas cimas de las Cordilleras hasta cierto punto disminuye la impresión que esas moles inmensas dejan en el alma de un viajero acostumbrado á las majestuosas escenas de los Alpes y Pirineos. No es ciertamente la altura absoluta de las montañas la que da á un paisaje su peculiar carácter, sino su aspecto, figura y agrupación.

Me ha parecido de gran interés para la geología poder comparar la forma de las montañas en todas las regiones del globo como se comparan las formas de los vegetales bajo diversos climas; trabajo importante para el cual se han reunido aún pocos materiales. Difícil es determinar los contornos con gran precisión, si no hacemos uso de instrumentos geodésicos, con los cuales se miden ángulos muy pequeños. A la vez que me ocupaba de estas mediciones en el hemisferio austral, dibujaba Osterwald, auxiliado del distinguido geómetra Tralles en la cordillera de los Andes, por un método análogo, la cadena de los Alpes de Suiza, vista desde las orillas del lago de Neuchatel. Háse servido Tralles de

un círculo repetidor para sus operaciones. Los ángulos con que he determinado yo la magnitud de las diferentes partes de una montaña, están tomados con un sextante de Ramsden, cuyo limbo indicaba con exactitud seis a ocho segundos. Repetido este trabajo cada siglo, llegarían a conocerse los cambios accidentales que experimenta la superficie del globo. Difícil es decidir, en un país expuesto a los terremotos y movido por la acción de los volcanes, si las montañas se hunden ó aumentan insensiblemente por eyecciones de ceniza y escorias. Cuestión es esta que esclarecerían simples ángulos de altura tomados en estaciones determinadas, mejor que una completa medida trigonométrica, cuyo resultado afecta siempre errores que pueden cometerse en la medición de la base y de los ángulos oblicuos.

Descúbrese una analogía de forma comparando el aspecto de las montañas de ambos continentes, que no debería esperarse atendiendo al concurso de las fuerzas que han obrado tumultuosamente en el mundo primitivo sobre la superficie de nuestro planeta.

A la sola fuerza expansiva de los vapores elásticos, parece que se deben, el fuego de los volcanes que surge de los conos de ceniza y piedra pómez, á través de un cráter, y los levantamientos que se asemejan a cúpulas de extraordinaria magnitud; capas cuajadas de conchas marinas se han puesto al descubierto por virtud de terremotos; corrientes pelágicas han surcado el fondo de las cuencas que hoy constituyen valles circulares ó mesetas rodeadas de montañas. Cada región del globo muestra una fisonomía particular; y sin embargo, en medio de estos rasgos característicos que dan á la Naturaleza su aspecto tan rico y vario, existe una semejanza notable de forma que se funda en identidad de causas y circunstancias locales. Navegando por entre las islas Canarias, observando los conos basálticos de

azulada bóveda del cielo. Por estas envueltas de nieve, se ocultan al observador hasta las desigualdades más insignificantes del suelo, esemejándose esta cima al pan de azúcar del Pico del Teide, aunque la altura del cono sea séxtupla de la del gran volcán de la isla de Tenerife.

Sólo desde muy cerca del borde del cráter se perciben algunos bancos de rocas que jamás se cubren de nieve, y que desde lejos parecen líneas negras; fenómeno que ha de atribuirse a la pendiente rápida de esta parte del cono y las grietas que despiden corrientes de aire caliente al exterior. Rodea al cráter un muro circular, semejante al de Tenerife, de forma de parapeto examinado con buenos anteojos, y que principalmente se distinguen en la pendiente meridional, desde Puma-Urcu (montaña de los leones) ó el pequeño lago de Yuracocha.

La parte cónica del pico de Tenerife se eleva del medio de una llanura cubierta de piedra pómez, es muy accesible y permite que vegeten en ella algunas matas de *spartium supranuvium*. En el Cotopaxi es sumamente difícil llegar al límite inferior de las nieves perpetúas, en razón de las profundas grietas que rodean el cono y arrastran en las erupciones hasta los Ríos Napo y de Alaques, escorias, pómez, agua y témpanos de hielo. Esta dificultad la tocamos personalmente en 1802. Examinando el volcán de cerca, puede asegurarse que no consiente que se llegue al borde de su cráter.

Dada la regularidad que afecta el cono de este volcán, sorprende hallar al Sudoeste, y medio oculta por la nieve, una pequeña masa rojiza, erizada de puntas, que los naturales llaman **la Cabeza del Inca**. Denominación de origen incierto y fundada en una tradición popular que afirma haber sido esta roca en otro tiempo parte del Cotopaxi; asegurando los Indios que el volcán lanzó en su primera erupción una masa pétrea, que cubría la enorme cavidad del fuego

subterráneo. Pretenden los unos que tuvo lugar esta catástrofe poco tiempo después de la invasión del reino de Quito por el Inca Tupac Yupanqui, y que ese trozo de roca de que tratamos se denomina **Cabeza del Inca**, porque su caída fué presagio siniestro de la muerte del conquistador. Otros, aún más crédulos, cuentan que esta masa de pórfido con base de pechstein, salió de su sitio en la explosión que se verificó en el momento de morir el Inca Atahualpa en Cajamarca á mano de los Españoles. Lo que sí parece cierto es que el Cotopaxi tuvo una erupción cuando el cuerpo del ejército de Pedro de Alvarado pasó de Puerto Viejo a la meseta de Quito, por más que Pedro de Cieza (1) y Garcilazo de la Vega (2), designen muy vagamente la montaña que con su aluvión de cenizas puso espanto en los Españoles. Para poder admitir que la roca designada por **Cabeza del Inca**, ocupa su actual asiento desde esta época, sería preciso suponer que el Cotopaxi hasta entonces no había tenido explosión alguna; hecho falso, atendido a que los muros del palacio del Inca de Callo construído por Huayna Capac, contiene piedras de origen volcánico arrojadas por el Cotopaxi. En otro lugar intentaremos poner en claro si el volcán había llegado a su altura presente cuando el fuego subterráneo se abrió paso por su cima, ó si concurren multitud de hechos geológicos a probar que su cono como el **Somma** del Vesubio, se compone de infinitas capas de lava superpuestas unas á otras.

(1) "Crónica del Perú", 1554, cap. XLI, folio 109.

(2) "Comentarios Reales" t. II, lib. II, p. 59.

MONTAÑA DE ILINIZA Y MONTAÑA DEL CORAZON (1).

La cima del Iliniza es una de las más pintorescas y majestuosas de cuantas rodean con su porte colosal la ciudad de Quito. Divídese en dos puntas piramidales, que probablemente representan un volcán antiguo destruído, y tiene de altura absoluta 5205 metros. Se encuentra situada esta montaña en la cadena occidental de los Andes, paralelamente al volcán Cotopaxi. Reúñese a la cima de Rumiñahui, por el **Alto de Tiopullo** que forma cadena transversal por donde corren las aguas a la vez hacia el mar del Sud y el Océano Atlántico. Las pirámides de Iliniza se ven a gran distancia de los llanos de la provincia de las Esmeraldas. Bouguer las ha medido trigonométricamente desde la meseta de Quito y de las costas del Océano. Los académicos franceses (2) han determinado la elevación absoluta de esta ciudad y el valor aproximado del coeficiente barométrico, por la diferencia de altura obtenida con las medidas de Bouguer. Los físicos a quienes interesa la historia de los progresos de las ciencias, colocarán el Iliniza al lado de Puyde-dome, punto este último desde donde Perrier, aconsejado por Pascal, intentó, antes que nadie, medir la elevación de las montañas con el auxilio del barómetro.

La llamada del Corazón, nombre que procede de la figura de su cima, se halla cubierta de nieves perpétuas, en la Cordillera occidental, entre el Pichincha y el Iliniza. Una de las pirámides de esta

(1) Los dibujos en el "Atlas de los volcanes de las Cordilleras", del mismo Humboldt.

(2) Bouguer, La Condamine y Godin.

última se descubre a la izquierda sobre la pendiente oriental del Corazón. La aparente proximidad de estas dos cimas y el contraste de sus formas ofrecen un espectáculo muy singular.

Antes de nuestro viaje a América, la cima del Corazón había sido el punto más bajo en que se observó el mercurio en el barómetro. La Condamine dice en su introducción histórica (1): "Salimos Bouguer y yo de nuestras tiendas con un tiempo hermoso; los que se quedaron en ellas nos perdieron de vista al momento en las nubes que para nosotros era niebla desde que en ellas penetramos. Un viento frío y picante nos maltrató con neviscas, en muchos sitios tuvimos que trepar por la roca ayudándonos con las manos, hasta que por fin llegamos a la cúspide. Nos contemplamos mutuamente y al vernos traje y cara cuajadas de granizos nos dimos uno a otro espectáculo singular. El mercurio no se sostenía más que a 10 pulgadas y 10 líneas. Jamás ha observado nadie el barómetro tan bajo al aire libre, y nadie probablemente habrá subido tampoco a la altura de 4811 metros próximamente sobre el nivel del mar, que determinamos con exactitud y de la cual respondemos con un error escaso de 7 a 8".

Hoy que conocemos la influencia que ejercen la temperatura y decrecimiento del calórico en las operaciones barométricas, podemos permitirnos dudar de la completa exactitud de la medición. La Condamine no llevaba instrumentos cuando visitó el cráter del Ruco-Pichincha, y si el célebre astrónomo llegó entonces a una elevación igual a la de una roca en que estuve a punto de morir con el indio Felipe Alda, el 26 de mayo de 1802, encontróse, sin saberlo, a mayor altura de la que tiene la cima del

(1) "Viaje al Ecuador" p. 58. Esta excursión se verificó en julio de 1738.

Corazón: 4858 metros, según la fórmula de Laplace, 40 más, por consiguiente, que el punto medido en 1738 por los académicos franceses. Las determinaciones de estos sabios están todas afectadas de la incertidumbre que reina acerca de la elevación de la señal de Caraburo, a la que Boguer asigna 2366 metros y Ulloa 2470.

VOLCAN DE CAYAMBE (1).

El Cayambé es la cima más elevada de las Cordilleras, después del Chimborazo, y su altura se ha calculado con alguna precisión. Bouguer y La Condamine le asignan 5901 metros, determinación confirmada por mediciones que yo he tomado en el Ejido de Quito, para observar la marcha de las refracciones terrestres a diferentes horas del día. Los académicos franceses (2) llaman a esta montaña colosal *Cayambur*, en lugar de Cayambe-Urcu, que es su verdadero nombre. La voz *urcu* quiere decir, montaña, en lengua quichua, como *tepetl* en mejicano y *gua* en muysca. Este error se encuentra esparcido en la mayoría de las obras que presentan el cuadro de las principales alturas del globo.

El Cayambe tiene la figura de un cono truncado, que recuerda el Nevado de Tolima, y es la más bella y majestuosa cúspide de cuantas rodean cubiertas de nieves perpétuas la ciudad de Quito. Cuando a la puesta del sol, el volcán de Guagua-Pichincha (3),

(1) El dibujo en el "Atlas de los volcanes de las Cordilleras de Quito y Méjico".

(2) La Condamine, "Viaje al Ecuador".

(3) El dibujo en el "Atlas de las Cordilleras". Esta vista la tomó el mismo Humbolt desde Chillo, casa de campo del Marqués de Selva Alegre.

situado al Oeste hacia el mar del Sud, proyecta su sombra sobre la vasta llanura que forma el primer plano del paisaje, el espectáculo es digno de admiración por su encanto. El llano, tapizado de gramíneas, no tiene árboles, véanse allí solamente algunas **Barnadecia**, **Duranta**, **Berberis** y hermosas **Calceolarias** que casi exclusivamente pertenecen al emisferio austral y región occidental de la América.

Distinguidos artistas del Norte han dado a conocer la cascada del Río de Kiro, cerca de la aldea de Yervenkye en Laponia, por donde pasa el círculo polar según observaciones de Maupertuis y Swamberg. El ecuador atraviesa la cima de Cayambe, que puede considerarse como uno de esos monumentos eternos por medio de los cuales ha señalado la Naturaleza las grandes divisiones del globo terrestre.

PUENTE DE CUERDA DE PENIPE.

Penipe es una aldea separada de la lindísima de Guanando por el riachuelo de Chambo, que nace en el lago de Coley. Chambo baña una rambla cuyo fundo tiene 2400 metros sobre el nivel del Océano, y que es célebre por el cultivo de la Cochinilla, á que se dedican los indígenas desde los tiempos más remotos.

En junio de 1802 pasamos este río por el puente de Penipe, comarca en que nos detuvimos para examinar los estragos del memorable terremoto de Riobamba (7 de febrero de 1797) (1), de donde salimos para visitar la pendiente occidental del volcán de Tungurahua. El puente de que tratamos es uno de esos que llaman los Españoles de maroma ó hamaca, y los Peruanos, en lengua quichua, **cimppachaca** (**cimpa** ó

(1) De treinta á cuarenta mil indios perecieron en pocos minutos.

cimpasca, cuerda y **chaca**, puente). Las del de Penipe tiene 3 ó 4 pulgadas de diámetro, y están hechas de la parte fibrosa de las raíces de **Agava americana** (**Pita ó Aloes**) y atadas á ambos lados de la orilla á una grosera armazón de troncos de **Schinus molle**. Mide este puente 40 metros de largo por 2 de ancho; pero los hay de mayores dimensiones. Las gruesas cuerdas de pita, se hallan recubiertas por pequeñas piezas cilíndricas de bambú. Recuerdan estas antiguas construcciones que los pueblos de la América meridional conocían antes de la llegada de los Europeos los **puentes de cadena** del Boutan y el interior de Africa. Turner, nos ha pintado en su interesante **Viaje al Tibet**, el famoso puente de Tchinchieu, cerca del fuerte de Chuka (lat. 27° 14'), que tiene 45 metros de largo y puede pasarse á caballo, y decansa en cinco cadenas, cubiertas también de piezas de bambú.

Todos los viajeros hablan del peligro que presenta pasar por estos puentes de cuerda, cintas suspendidas por encima de impetuosos torrentes; no es sin embargo, muy grande, cuando lo atraviesan de prisa una sola persona con el cuerpo inclinado hácia adelante, aunque se cimbreá por el medio del río; pero estos movimientos de las cuerdas son ya muy fuertes cuando el viajero se hace conducir por un indio que vá mucho más de prisa que él, ó atemorizado por el espectáculo que se ofrece á sus piés por los intersticios de los bambues, comete la imprudencia de detenerse en medio del puente, cogiéndose á las cuerdas que sirven de balaustrada. Esta clase de puentes apenas se conservan veinte o veinte y cinco años en buen estado, y aún así es preciso renovar algunas cuerdas cada ocho ó diez, y como la policia de estos países es bastante descuidada, acontece ver muchos puentes faltos de piezas de bambues, presentando, por consiguiente, riesgo mayor al atravesarse. Poco tiempo antes de mi permanencia

en Penipe, se destruyó por completo el puente del Río Chambo; acontecimiento que se debió á un viento muy seco, que después de largas lluvias, rompió á la vez todas las cuerdas, pereciendo cuatro indios ahogados en el río, que es muy profundo y de corriente rapidísima.

Los antiguos Peruanos también construían puentes de madera que apoyaban en pilares de piedra; pero lo más usual era tenerlos de cuerda, que son extremadamente útiles en un país montuoso, donde la profundidad de las quebradas y la impetuosidad de los torrentes se oponen a la construcción de pilares. El movimiento oscilatorio que indicábamos puede disminuirse atando cuerdas laterales al medio del puente y diagonalmente tendidas hacia la orilla. Por uno que las tiene de extraordinaria longitud, y permite el paso de mulos de carga, se estableció a principios de este siglo una comunicación permanente entre Quito y Lima, después de haber gastado estérilmente un millón de pesetas en levantar cerca de Santa uno de piedra, sobre un torrente que baja de la Cordillera de los Andes (1).



(1) "Sitios de las Cordilleras Por Alejandro de Humboldt".—
Madrid 1878 Primera parte.—Cap. X, XI, XII, XIII XIV.—
P. 59 a 81.

Monumentos de los Pueblos Indígenas del Perú

I

MONUMENTO PERUANO DEL CAÑAR.



AS altas llanuras que se extienden desde el Ecuador hasta el grado 3 de latitud austral, por la cima de las Cordilleras, van a dar en un grupo de montañas que se denominan **Páramo de Azuay** y tiene 4500 á 4800 metros de elevación; enorme dique que reúne la cresta oriental a la occidental de los Andes de Quito, y en que el pórvido cubre a la pizarra y otras rocas de formación

primitiva. Preciso es atravesar el paso de Azuay para ir de Riobamba a Cuenca, y los hermosos bosques de Loja, tan célebres por su abundancia de quina; terrible siempre, lo es aún más especialmente en los meses de junio, julio y agosto, por las inmensas nevadas que caen y vientos glaciales del Sud que soplan en estas regiones donde perecen todos los años algunos viajeros por efecto de tormentas. El frío es excesivo, á tal altura, que medí en 1302 y equivale a la del Mont-Blanc con corta diferencia. Pues en este paraje, y á 4000 metros, existe un llano de más de seis leguas cuadradas, casi al nivel de las sabanas que rodean la parte del volcán de Antizana, tapizado de nieves perpétuas; circunstancia notable que da alguna luz respecto a estas elevadas mesetas. Las de Azuay y Antisana, cuya constitución geológica ofrece tan admirables afinidades, se hallan apartadas, sin embargo, unas de otras más de cincuenta leguas. Lagos de agua dulce profundísimos, y adornados de espeso césped de gramíneas alpinas, se contienen en este sitio más ningún pez ni insecto acuático animan su soledad.

El Llano del Pullal, que así se llama el de Azuay, tiene un suelo por extremo pantanoso, habiéndonos sorprendido encontrar a tales alturas, superiores con mucho a la que mide la cima del pico de Tenerife, magníficos restos de un camino construído por los Incas del Perú. Es una calzada de grandes piedras talladas, que puede compararse a las más hermosas vías de los Romanos que tengo vistas en Italia, Francia y España; Perfectamente alineada, conserva la misma dirección 6 ú 8000 metros de largo. Cerca de Cajamarca encontramos su continuación a 120 leguas al Sud de Azuay, pensándose en el país que este camino de 4042 metros de elevación absoluta, llegaba hasta la ciudad de Cuzco. En él se encuentran las ruinas del palacio del Inca Tupayupangi, cuyos paredones son muy altos.

Bajando del Páramo de Azuay hácia el Sud, por entre las Haciendas de Turcha y Burgay, se halla otro monumento de la antigua arquitectura peruana, titulado **Ingapilca** ó fortaleza del Cañar, si es que debe decirse fortaleza una colina que acaba en plataforma y es menos notable por su magnitud que por su estado perfecto de conservación. A la altura de 5 ó 6 metros hay un muro de gruesas piedras talladas, formando un óvalo regular cuyo eje máximo tiene casi 38 metros de longitud. El interior es un terraplen de hermosa vegetación cubierto, que por esto mismo aumenta el pintoresco efecto del paisaje. En el centro de este recinto se levanta una casa de dos solas habitaciones, de 7 metros de altura próximamente, la cual casa y su particular recinto, pertenecen a un sistema de fortificaciones de que más adelante hablaremos, que se prolonga 250 metros. El corte de las piedras, como la disposición de puertas y nichos, y la completa analogía que existe entre este edificio y los del Cuzco, no permiten dudar del origen de tal **monumento militar**, que servía de alojamiento a los Incas cuando pasaban, de tiempo en tiempo, desde el Perú al Reino de Quito. Los cimientos de multitud de edificios que se encuentran alrededor del recinto, anuncian que en otro tiempo era el Cañar bastante grande para albergar el pequeño cuerpo de ejército que acompañaba generalmente á los príncipes en sus viajes. En estos cimientos he descubierto una piedra muy artísticamente trabajada, cuyo corte singular no ha podido darme idea del uso á que se destinaba.

Lo más notable de este monumento, que rodean algunos troncos de **schinus molle**, es la figura de su techado, perfectamente igual al de las casas europeas. Pedro Cieza de León, uno de los primeros historiadores de América que empezó a escribir sus Viajes, en 1541, habla detalladamente de multitud de casas del Inca

en la provincia de los **Cañares**, diciendo expresamente (1) "que los edificios de Torrebamba tienen una cubierta de juncos tan bien hecha, que si no la consume el fuego puede conservarse sin alteración durante siglos enteros." Según esta observación, debiera creerse que la fachada de la casa del Cañar es posterior a la Conquista, hipótesis que principalmente favorece la existencia de ventanas abiertas en este lado del edificio, y que no se encuentran en ninguno de fábrica antigua peruana, como sucede con los restos de casas en Pompeya y Herculano.

En una Memoria interesantísima de La Condamine sobre algunos monumentos del Perú (2), se inclina también a pensar que la pared delantera del Cañar, no corresponde al tiempo de los Incas, y dice "que quizás pertenece a fábrica moderna, y que no es tampoco de piedra tallada como el resto de los muros, sino de una especie de ladrillos secados al aire y amasados con paja." El mismo sabio añade en otro lugar, que los Peruanos usaban tales ladrillos llamados *tica*, antes de la llegada de los Españoles, razón por la cual cree que pudiera ser de construcción antigua el remate de la pared de que se trata, aunque hecha de ladrillos.

Mucho siento no haber leído la Memoria de La Condamine antes de mi viaje a América; pues aunque lejos de mi el dudar de las observaciones de este célebre escritor, que obligado por sus trabajos, permaneció largo tiempo en las inmediaciones del Cañar, y ha podido examinar más minuciosamente que yo el monumento, me llama la atención que ni Bonpland ni yo encontráramos esa diferencia de construcción que se indica entre la pared y su remate;

(1) Crónica del Perú, Amberes, 1554, t. I, c. XLIV, p. 120.

(2) "Memorias de la Academia de Berlín", 1746, p. 444.

a más de que no me han parecido ladrillos, ticas o adobes, los materiales, sino simplemente piedras de talla untadas con una especie de estuco pajizo, fácil de desprender con amalgama de ichu ó paja cortada. El dueño de una Hacienda próxima, que nos acompañó en nuestra excursión a las ruinas del Cañar, se vanagloriaba de lo que habían contribuído sus antepasados a destruir semejantes edificios, contándonos que aquel techo inclinado se cubrió con baldosas de piedra delgadísimas y bien pulimentadas, y no á la europea con tejas; circunstancia que me hizo pensar quizás equivocadamente que el edificio se conservaba tal como fué levantado en tiempo de los Incas, a excepción de las cuatro ventanas. Sea de ello lo que quiera, hay que convenir en que el uso de los techados en ángulos agudos hubiera sido utilísimo en un país montañoso y abundante en lluvias. Los indígenas de la costa Noroeste de América conocen estos techos inclinados que existen desde muy antiguo en la Europa austral, como indican multitud de monumentos griegos y romanos, y especialmente los relieves de la Columna trajana y las pinturas de paisajes que se han encontrado en Pompeya y conservado en la soberbia colección de Pórtici en otro tiempo. El ángulo del remate del techo es obtuso entre los Griegos y recto entre los Romanos, que vivían bajo un cielo menos hermoso que el de Grecia. Cuanto más al Norte más inclinados son los techos.

Vengamos ahora al interior del monumento.

Todos los restos de la arquitectura peruana esparcidos por la Cordillera desde el Cuzco á Cayambe, desde el grado 13 de latitud austral hasta el Ecuador, presentan idéntico carácter, así en el corte de las piedras como en la forma de las puertas, simétrica distribución de los nichos y completa carencia de adornos exteriores. Y tan grande es esta

uniformidad de construcción, que todos los **tambos** ú hospederías situadas a lo largo de las vías principales, llamadas en el país casas o palacios del Inca, parecen copias unas de otras. No pasaba la arquitectura peruana de las necesidades reducidas de un pueblo montañés; no conocía ni pilastras, ni columnas, ni arcos cintrados; ni imitaba, como la arquitectura de los Griegos y Romanos, la ensambladura de un armazón de madera; nacidos en una región erizada de rocas, en mesetas casi desprovistas de vegetación, distinguíanse los Peruanos por la sencillez, simetría y solidez de todos sus edificios.

La ciudadela del Cañar y las construcciones cuadradas que la rodean, no están hechas de un asperon cuarzoso que recubre la esquistosa arcillosa y pórfidos del Azuay, y que se ve en el jardín del Inca, bajando hácia el valle de Gulan, ni son granito las piedras que sirvieron para aquellos edificios, como ha creído La Condamine, sino un pórfido trápico de gran dureza con mezcla de feldespato vítreo y anfíbol. Quizás que se extrajera este pórfido de las grandes canteras que existen a 4000 metros de altura, cerca del lago Culebrilla y a distancia de más de tres leguas del Cañar; por lo menos estas canteras son las que suministraron la hermosa piedra que se empleó en la casa del Inca del llano Pullal, a igual elevación que tendría el Puy-de-Dome colocado sobre la cima del Canigu.

No se encuentran en las ruinas del Cañar esas piedras enormes que se ven en los edificios peruanos de Cuzco y países vecinos. Acosta ha medido algunas de 12 metros de largo por 5,8 de ancho y 1,9 de grueso, en Tracanaco, y Pedro Cieza de León las halló de iguales dimensiones en las ruinas de

(1) Obra citada, p. 25¹

Tiahuanaco (1); las mayores que yo he examinado en la ciudadela del Cañar, no pasaban de 26 decímetros de largo, siendo más notables que por su masa, por la gran belleza de su corte. Unéuse la mayor parte sin cemento alguno, si bien lo hay en varias de las construcciones que rodean la ciudadela, y en la tres casas del Inca, en Pullal, cada una de las cuales tiene más de 58 metros de largo. Se compone aquel de una mezcla de piedrecillas y marga arcillosa que fermenta con los ácidos; viene a ser una especie de mortero de que he sacado grandes trozos con un cuchillo, de los intersticios que dejan las hileras paralelas de las piedras. Esta circunstancia que refiero merece atención, pues todos los viajeros que me precedieron han asegurado que no conocían cemento de ningún género los Peruanos; suposición equivocada tratándose de este pueblo como respecto de los antiguos habitantes del Egipto; más hasta tal punto lo conocían, que no sólo empleaban esta argamasa los Peruanos, sino que en los importantes edificios de Pacaritambo (1), usaron un betun ó cemento de asfalto, que es antiquísimo en las orillas del Eufrates y el Tigris.

El Pórfido que ha servido para los edificios del Cañar, está tallado en forma de paralelepípedos, con tan rara perfección, que si la superficie exterior de las piedras fuera plana, serían imperceptibles sus juntas, como dice muy acertadamente La Condamine (2); pero la cara exterior de cada una de ellas es ligeramente convexa y cortados en bisel sus bordes, de manera que formen las juntas pequeñas estrías que sirven de adorno, como la separación de las piedras en las obras rústicas. Este corte que los

(1) Obra citada de Pedro Cieza, p. 234.

(2) Obra citada, p. 443.

arquitectos italianos llaman **bugnato**, se observa también en las ruinas del Callo, cerca de Mulaló, y da a los muros de los edificios peruanos gran semejanza con ciertas construcciones romanas, como el **Muro di Nerva**, de Roma, por ejemplo..

Pero lo que singularmente caracteriza los monumentos de la arquitectura peruana, es la forma de las puertas, que tienen generalmente 19 á 20 decímetros de altura, para que el Inca y grandes señores puedan pasar por ellas conducidos en sillas de manos por sus vasallos. Los pies derechos de estas puertas no son paralelos, sino inclinados que permitieran emplear, sin duda dinteles de piedra de menor ancho. Los **hoco** ó nichos abiertos en las paredes y que hacían oficio de armarios, imitan la forma de las **porte rastremate**. Esta inclinación de los pies derechos es la que da a los edificios peruanos su semejanza con los del Egipto en los cuales son siempre los dinteles más cortos que la abertura interior de las puertas. Hay entre los **hoco** algunas piedras cilíndricas de superficie pulimentada, salientes y de unos 5 decímetros, que los indígenas dijeron servir para colgar armas y vestidos; y además, en los rincones, travesaños de pórfido de una forma rara, que La Condamine cree tenían por objeto unir las paredes, aunque yo me inclino más bien a pensar que en tales travesaños se anudaban las cuerdas de las hamacas; por lo menos iguales, sólo de madera, las hay en todas las cabañas de los Indios del Orinoco.

Han demostrado los Peruanos extremada habilidad en tallar las más duras piedras, pues en el Cañar se ven canales curvos abiertos en el pórfido para suplir los goznes de las puertas; y La Condamine (1)

(1) Obra citada, p. 452.

y Bouguet han encontrado adornos de pórfido también en edificios antiguos del tiempo de los Incas, figurando hocicos de animales que en sus aguzadas narices tenían anillos movibles de la misma piedra. Cuando atravesé la Cordillera por el Páramo del Azuay, y en el momento en que distinguí esas enormes masas de piedras de talla extraídas de las canteras de Pullal, y empleadas en la construcción de los grandes caminos del Inca, comencé a dudar de que los Peruanos no hubieran tenido otros útiles que las hachas de pedernal; suponía yo que el frotamiento no era el único medio de que se habían valido para trabajar la piedra y darles superficie plana ó convexidad regular y uniforme. No pude menos de formar idea contraria á las admitidas hasta entonces sobre este punto, pensando que los Peruanos debieron tener útiles de cobre, que mazclado con una cierta proporción de estaño, adquiere gran dureza. Mis sospechas quedaron completamente justificadas por el hallazgo de una antigua tijera cerca de Cuzco en una mina de plata explotada en tiempo de los Incas, en Vilcabamba. Este precioso instrumento, que debo á la amistad del P. Narciso Gilbar, y que he conseguido traer á Europa, tiene 12 centímetros de largo y 2 de ancho, componiéndose de 0,94 de cobre y 0,06 de estaño su materia, según el análisis que ha hecho de la tijera Vauquelin. Este **cobre cortante** de los Peruanos es muy parecido al de las hachas de los Galos, que cortan la madera como si fueran de acero. Por todas partes ha prevalecido en el Antiguo Continente, y á los albores de la civilización, sobre el hierro el uso de la mezcla de cobre y estaño, aún allí donde aquel se conocía ya de algún tiempo (1).

(1) El plano de la casa fortificada del Cañar lo hizo La Condamine en 1793, y lo he visto en los archivos de la Oficina de Longitudes en París.

II

RUINAS DE LA ANTIGUA CIUDAD DE CHULUCANAS

Las ruinas de esta antigua ciudad, situadas en las Cordilleras á 2700 metros próximamente de elevación, en el Páramo del mismo nombre, y entre las aldeas indias de Ayavaca y Guancabamba, son notabilísimas por la perfecta regularidad de sus calles y alineación de los edificios; y el gran camino del Inca, que es una de las obras más útiles y gigantescas de cuantas han ejecutado los hombres, se conserva bastante bien entre el dicho Chulucanas, Guamani y Sagica. En lugares excesivamente fríos de la cresta de los Andes, que sólo para los habitantes del Cuzco podían ser atractivos, se distinguen diseminados los restos de grandes construcciones, nueve de las cuales conté entre el repetido Páramo y la también citada aldea de Guancabamba. Reciben tales edificios de los naturales el propio título de casa o palacio del Inca, pero la mayoría han sido probablemente caravan-serrallos dispuestos para facilitar las comunicaciones militares entre el Perú y el Reino de Quito.

La ciudad de que tratamos estuvo, al parecer, emplazada en la pendiente de una colina, a márgenes de un riachuelo, separada aquella de éste por una pared con dos aberturas correspondientes a las dos calles más principales, y que como las demás se cortan en ángulo recto; formando ocho cuarteles, cuyas casas son de pórfido, y doce el número que corresponde á cada uno de ellos, ó sean noventa y seis en la parte de la ciudad á que nos referimos. Mejor que casas deben llamarse habitaciones, pues la primera de estas voces supone ya idea de muchas piezas que comunican entre sí y se hallan en un mismo recinto, cuando las viviendas de Chulucanas no tienen más que una, a semejanza de las de Herculano. En el centro

de los ocho cuarteles que acabamos de describir, hay restos de cuatro grandes edificios de forma oblonga, separados por cuatro pequeñas fábricas cuadradas que ocupan las esquinas. A la derecha del río, que costea la ciudad, existen construcciones rarísimas a modo de anfiteatro, y la colina en que se asienta está dividida en seis terrados revestidos de piedra de talla. Más allá se ven los **baños del Inca**, que son de notar, en una meseta cuyas fuentes naturales ofrecen apenas una temperatura de 10 a 12° centígrados, en donde el aire refresca hasta los 6 ú 8.

III

INGA-CHUNGANA, CERCA DEL CAÑAR

Hay un ribazo al Norte de las ruinas del Cañar, de pendiente suave hácia la casa del Inca y casi cortado a pico por la parte del valle de Gulan, cuya colina pertenecía en otro tiempo según tradiciones indígenas, á los jardines de que la antigua fortaleza estaba rodeada. Aquí, como en el **Barranco del Sol**, tuvimos ocasión de ver multitud de senderos abiertos por mano de hombre sobre una roca apenas tapizada de tierra vegetal.

En los jardines de Chapoltepec, junto a Méjico, contempla admirado el viajero europeo hermosos cipreses (*cupressus disticha*), cuyos troncos miden más de 16 metros de circunferencia, y probablemente plantados por los Reyes de la dinastía azteca; en los del Inca, cerca del Cañar, hemos buscado inútilmente algún árbol que pudiera contar medio siglo. Sólo un pequeño monumento de piedra colocado al borde de un precipio. y sobre cuyo destino no están conformes los naturales, denuncia la residencia de los Incas en estos sitios, llámanle **juego del Inca**, y consiste en una simple masa de piedras.

Han empleado los Peruanos para construir este monumento, igual artificio que los Egipcios usaron para esculpir la Esfinge de Djyzeh, de que Plinio dice terminantemente: "e saxo naturali elaborata". La roca de asperon cuarzoso que le sirve de base, fué disminuída, de suerte que después de quitarle las capas de encima, ha quedado una especie de asiento dentro de un recinto; modo raro de levantar un muro que tendrá un metro de alto, en aquel pueblo que llevaba tan prodigioso número de piedras talladas a la preciosa calzada de Azuay. Los Peruanos han impreso el sello de su carácter laborioso a todas sus obras, que revelan la constancia del que busca dificultades para mostrar que sabe vencerlas; así sus edificios más modestos son de tal solidez, que a su vista pudiera creerse han levantado los Peruanos en otras épocas monumentos de mayor importancia.

El Inga-Chungana, visto de lejos tiene la figura de un canapé cuyo espaldar está adornado de una especie de cadena de arabescos, y se observa, al penetrar en el recinto oval, que no ofrecía asiento sino para uno sólo persona que puede sí colocarse con completa comodidad y disfrutar el delicioso espectáculo sobre el fondo del valle de Gulan, en que serpentea un riachuelo formando multitud de espumosas cascadas á través de los bosquecillos de melastomas y gunnera. Este asiento rústico jugaría gran papel en nuestros jardines europeos, si bien es verdad que el príncipe que escogió tal sitio no era insensible a las bellezas de la naturaleza, y pertenecía a un pueblo que no debe en justicia llamarse bárbaro.

Yo no he visto en la construcción de que tratamos sino un asiento en un lugar delicioso al borde de un precipicio, en la pendiente de un ribazo que domina el valle; pero Indios viejos, los anticuarios del país, hallaban demasiado sencilla tal explicación, asegurando que por aquella cadena esculpida en hueco sobre el borde del recinto, se

hacían correr unas bolas para divertir al príncipe. Cierta es que presenta alguna pendiente el borde en que se halla trasado el arabesco, y que una bola lanzada con fuerza hubiera podido subir y bajar fácilmente; pero también lo es, que al aceptar esta hipótesis se hecha de menos un agujero al extremo de la cadena, en que la bola se hubiera detenido al acabar su carrera. El punto del muro más bajo corresponde a una abertura que la roca ofrece al pie de precipicio; gruta a donde se llega por un estrecho sendero tallado en el asperon, y en el cual ocultó grandes riquezas Atahualpa, según las tradiciones de los indígenas. Aseguran estos que en otro tiempo corría por dicho sendero un hilo de agua, y quizás sea preciso ver en él el **juego del Inca**, y que se construyó el monumento porque el príncipe gozara cómodamente de lo que pasaba por la rápida pendiente de la roca.

IV

CASA DEL INCA, EN CALLO, DEL REINO DE QUITO

Cuando Tupac-Yupanqui y Huayna-Capac, padre del infortunado Atahualpa, acabaron la Conquista del Reino de Quito, no sólo mandaron construir magníficos caminos en las alturas de las Cordilleras, sino levantar de trecho en trecho unos edificios llamados **tambos**, para facilitar las comunicaciones de la capital con las provincias más setentrionales del Imperio, y en condiciones propias para que pudieran servir de habitación al príncipe y su séquito. Estas casas del Inca, que otros viajeros llaman palacios, existían desde muchos siglos en la gran vía que desde Cuzco va a Cajamarca; los últimos Conquistadores de la raza de Manco-Capac, sólo hicieron los edificios cuyas ruinas se ven hoy desde la provincia de

Cajamarca, límite meridional del antiguo Reino de Quito, hasta las montañas de los Pastos. Entre ellos uno de los más célebres y mejor conservados es el de **Callo ó Caño**, que Jorge Juan, Ulloa y La Condamine, en sus Viajes al Perú, describen, aunque imperfectamente; siendo tan poco exacto el dibujo en que Ulloa ha pretendido representar el plano de la casa del Inca, que casi pudiera creerse puramente imaginario.

En la excursión que Bonpland y yo hicimos al Cotopaxi, en abril de 1802, visitamos los restos de la arquitectura peruana cuyo dibujo tracé yo mismo enseñándolo cuando volvimos a Quito, y juntamente con la lámina del viaje de Ulloa, a unos frailes ya ancianos de la Orden de S. Agustín. Nadie conocía mejor que ellos las ruinas del Caño, que precisamente se encuentran situadas en terreno propio de su convento; habían además habitado una casa de campo próxima al sitio, y me aseguraron que desde 1750, y aún antes, tenían vista la casa del Inca en el mismo estado en que se hallaba entonces. Quizás ha querido Ulloa representar un monumento restaurado, suponiendo la existencia de muros interiores (1) en donde ha observado un montón de escombros o elevaciones accidentales del suelo; porque ni su plano indica la verdadera forma de las habitaciones, ni las cuatro grandes puertas exteriores que necesariamente ha debido tener el edificio desde su construcción.

Ya hemos dicho que la meseta de Quito está colocada y se prolonga por una doble cresta de la Cordillera de los Andes, separada de Llactacunga y Hambato por las alturas de Chisinche y Tiopullo, que transversalmente, y a modo de dique, se extienden desde la cresta oriental hacia la occidental,

(1) Viaje hist. á la América meridional, t. I, p. 387, lámina XVIII.

ó de las rocas basálticas de Rumiñahui hácia las pirámides del antiguo volcán de Iliniza. Descúbrense desde tal dique, que divide las aguas entre el mar del Sud y el Océano Atlántico, y en una llanura inmensa cubierta de piedra pómez, las ruinas de la casa del Inca Huayna-Capac, y el **Panecillo o pan de azúcar**, que es un cerro de 80 metros de elevación próximamente, tapizado de pequeñas malezas de **Molina, Spermacoces y Cactus**. Aseguran los indígenas que este cerro, parecido a una campana y de forma por extremo regular, es un **tumulus**, una de esas colinas que los antiguos habitantes del país levantaron para sepultura de príncipes o personajes distinguidos, y alegan en apoyo de esta opinión, el hecho de estar el **Panecillo** compuesto de restos volcánicos, así en el terreno que le sirve de base, como en su cima ó cuspide.

Semejante razón pareciera poco conveniente a un geólogo, sabiendo que la vecina montaña de Tiopullo, de menor elevación que el **Panecillo**, también presenta grandes trozos de tierra pómez; probablemente debidos a erupciones antiguas del Cotopaxi e Iliniza. No es esto negar que en ambas Américas existan, a semejanza de lo que sucede en el Norte del Asia y orillas del Boristenes, esos túmulos de extraordinaria altura contruídos por mano de hombre, pues que los hemos encontrado en la antigua ciudad de Mansiche, en el Perú, no inferiores al **Panecillo del Caño** en elevación, si bien respecto de este me inclino a pensar que simplemente es un cerro volcánico, aislado en la extensa llanura de Llactacunga y arreglado después por los naturales. Ulloa, cuyo parecer es de gran peso, opina sin embargo, de acuerdo con ellos y aún llega hasta creer que es el **Panecillo, monumento militar**, que servía de Atalaya para descubrir cuanto en el campo aconteciera, y poner en salvo al príncipe a la menor señal alarmante de un ataque no previsto. En el Estado de Kentuky hay también túmulos muy altos

que encierran huesos humanos, junto a fortificaciones de forma oval, y cubiertas, además, de árboles que supone Cutter han de contar cerca de tres mil años (1).

Hállase situada la **casa del Inca** algo al Sudoeste del **Panecillo**, a 3 leguas de distancia del cráter del Cotopaxi, y 10 próximamente al Sud de la ciudad de Quito. Este edificio que forma un cuadrado perfecto de 30 metros de longitud por cada lado, presenta aún señales de 4 grandes puertas exteriores, y de ocho habitaciones, tres de las cuales se han conservado mejor. Las paredes tienen 5 metros de altura por 1 de espesor, poco más o menos. Todos los detalles de esta mansión nos trae a la memoria el recuerdo del Cañar, de que hemos hablado ya; las puertas que son semejantes a las egipcias; los diez y ocho nichos de cada habitación, con la mayor simetría distribuidos; los cilindros que hacen oficio de perchas; el corte de las piedras cuya cara exterior es convexa y á bisel, sin que en el **Caño**, haya yo visto lo que Ulloa llama lujo, grandeza y majestad, aunque sí me parece digna de atender la uniformidad de construcción del edificio, que es el carácter distintivo de todos los monumentos peruanos. Si se examina detenidamente cualquiera de los que pertenecen al tiempo de los Incas, observaremos el mismo tipo en todos los demás que cubren las alturas de los Andes, por una longitud de más de 450 leguas, desde 1000 á 4000 metros de elevación sobre el nivel del Océano. Bien podría decirse que un sólo arquitecto ha construído tan gran número de monumentos; con tal constancia se apegaba este pueblo montañés á sus hábitos domésticos, e instituciones civiles y religiosas, forma y distribución de sus edificios. Tal vez será fácil un día averiguar con presencia de mis dibujos, si en el

(1) Carey, Pocket Atlas of the United States, 1796.

Alto Canadá existe, como pretende el sabio autor de las *Noticias americanas*, construcciones en un todo levantadas según el **estilo peruano**; investigación de tanto mayor interés para los que se dedican a semejantes estudios históricos, cuanto que sabemos por testimonios ciertos que los Incas edificaron la fortaleza de Cuzco conforme al modelo de las más antiguas de Tiahuanaco, situadas a los 17° 12' de latitud austral.

La piedra que ha servido de material a la casa de Huayna-Capac, designada por Cieza (1), con el nombre de **Aposentos de Mulahalo**, es una roca de origen volcánico, un pórfido con base basáltica, quemado y esponjoso, probablemente lanzado por las bocas del Cotopaxi, si hemos de juzgar de lo que se parece a los trozos que tenemos vistos en las llanuras de Callo y Mulalo. Y como este monumento ha debido construirse en los primeros años del siglo XVI, prueban esos materiales que no ha sido la primera erupción de dicho volcán, la supuesta de 1533, al conquistar el reino de Quito Sebastián de Benalcázar. La figura de tales piedras es paralelepípeda, y aunque no tienen todas iguales dimensiones, forman unas gradas tan regulares como las de fábrica romana. Si Roberston hubiera podido ver siquiera un edificio peruano, no dijera seguramente "que los indígenas empleaban las piedras tal y como las encontraban en las canteras; unas triangulares, cuadradas las otras; convexas y cóncavas; consistiendo el arte tan decantado de aquel pueblo, en el arreglo de esos informes materiales (2)."

Jamás encontramos durante nuestra larga permanencia en la Cordillera de los Andes, construcción que se pareciera a las llamadas

(1) Crónica del Perú, c. XLI, ed. de 1554, p. 108.

(2) Hist. de Amer., t. III, p. 414.

ciclópeas; en todos los edificios del tiempo de los Incas están las piedras talladas con esmero en su cara exterior, mientras que la posterior es desigual y angulosa en ocasiones. Larrea, excelente observador, ha anotado en los muros de Callo, llenos los intersticios de las piedras interiores y exteriores de pequeños guijarros cimentados con arcilla. Ignora si el techo fué de madera, pues no hay vestigio por donde conocerlo, aunque es de suponer que sí; como también los pisos de que primitivamente constaba; que la codicia de los hacendados vecinos que arrancaban las piedras, y los terremotos tan frecuentes en este desventurado país, tienen degradado el monumento.

Parece probable que las construcciones que he oído llamar en el Perú, Quito y hasta las orillas del Amazonas, **Inga-Pilca ó edificios del Inca**, pertenecen al siglo XIII de nuestra era; más antiguas sí son las de Vinaque y Tiahuanaco, y los muros de ladrillo no cocido que deben su origen a los **Puruays**, antiguos habitantes de Quito, gobernados por el **Conchocando** ó Rey de Lican, y por **Guastays** ó príncipes tributarios. De desear sería que un viajero instruido pudiera visitar las orillas del lago de Titicaca, la provincia del Collao y la meseta de Tiahuanaco especialmente, que vienen a ser el centro de una antigua civilización en la América meridional, Aún existían cuando mi viaje algunos de esos edificios que Pedro Cieza (1) describe con sencillez tan admirable, y que parece no haber sido nunca acabados. A la llegada de los Españoles atribuían los indígenas su construcción á unos hombres blancos y barbudos que habían habitado las alturas de las Cordilleras antes de la fundación del Imperio de los Incas. No nos cansaremos de repetir que la arquitectura americana no puede sorprender

(1) Cap. CV. p. 255.

por la grandeza y tamaño de las masas, ni por la elegancia de las formas, pero sí que es interesante por lo que esclarece la historia de la primera cultura intelectual de los pueblos montañoses del Nuevo Continente.

En las paredes exteriores opuestas a las puertas de las habitaciones, hay en vez de nichos aberturas que dan al campo sin que pueda decirse si tales ventanas son o no **hocos**, rotos después de la Conquista por alguna familia española a quienes haya servido de morada el edificio, aunque los indígenas piensan que se hicieron desde luego así para que por ellas pudieran observarse los movimientos del enemigo si intentaba atacar a las tropas del Inca.

ROCA DE INTI-GUAICO

Cuando se baja la colina coronada por la fortaleza del Cañar hácia un valle que el río Gulan ha abierto, se encuentran multitud de senderos tallados sobre la roca, que terminan en una grieta llamada **Inti-Guaico** o **barranco del Sol**, en lengua quichua. Lugar solitario, que bella y rica vegetación sombrea, donde se levanta una masa de asperon aislada, que tiene 4 ó 5 metros de alto, y una de cuyas caras, cortada a pico como si hubiera sido por mano de hombre, admira con su blancura. Sobre este fondo compacto y blanco, se distinguen unos círculos concéntricos que representan la imagen del Sol, tal como la figuran todos los pueblos de la Tierra en los albores de su civilización. Los círculos son negruzcos, y en el espacio que contienen se aperciben las líneas medio borradas de dos ojos y una boca. Por las gradas que hay al pie se llega a un asiento trabajado en la misma piedra y colocado de suerte que desde el fondo de un hoyo puede contemplarse aquella imagen del astro del día.

Cuentan los indígenas, que los Sacerdotes del ejército de Tupayupangi encontraron esta represen-

tación de la Divinidad, cuyo culto debía introducirse en los pueblos del reino de Quito que iba a conquistar aquel Inca, a la sazón regidos por el Conchocando de Lican. Veían los habitantes de Cuzco la imágen del Sol por todas partes, como pensaban los cristianos que en las rocas de todas las zonas se habían pintado cruces, o la señal del pie de Santo Tomás. El hallazgo de la piedra de Inti-Guaicu, se tuvo como feliz presagio por el príncipe y soldados peruanos, y contribuyó sin duda a que los Incas se hicieran construir una habitación en el Cañar; pues es sabido que los descendientes de Manco-Cacap se tenían por hijos del astro del día. Esta idea establece también notable semejanza entre el primer legislador del Perú y el de la India, Menú II o Sayvatra, también llamado **Vaivasauta** (1) o hijo del Sol.

Cuando se examina de cerca esta roca de **Inti-Guaicu**, se observa que los círculos concéntricos son filoncitos de mina, de hierro obscuro, muy comunes en las formaciones de asperon; y los rasgos que indican los ojos y la boca están trazados evidentemente con un instrumento metálico, y probablemente por los Sacerdotes peruanos como medio de imponerse más fácilmente al pueblo. Los Misioneros españoles borraron después esta imágen del Sol, con unas tijeras por el gran interés que mostraban en destruir cuanto era objeto de una antigua veneración.

Según las curiosas investigaciones de Vater, la voz *inti*, Sol, no ofrece analogía con ningún idioma conocido del Antiguo Continente; verdad es que en ochenta y tres leguas americanas que ha examinado este sabio estimable y Barton, de Filadelfia, no se han encontrado más que ciento treinta y siete raíces que correspondan a las del Asia y Europa, en las de

(1) Investigaciones asiáticas, t. I, p. 170; t. II, p. 172.—Paolin, Sistema brahman, p. 141.

los Tártaros-Manchues, Mongoles, Celtas, Vascas y Estonianas. Parece probar este interesante resultado que la mayoría de los indígenas de América, como ya hemos dicho al hablar de la mitología de los Mejicanos, pertenece a una raza de hombres que desde el principio del mundo se ha visto separada del resto de la especie, cuyo largo y completo aislamiento revelan la naturaleza y diversidad de las lenguas, sus facciones y conformaciones del cráneo (1).

(1) Sitios de las Cordilleras y Monumentos de los Pueblos Indígenas de América. Por Alejandro de Humboldt.—Madrid 1878. Tercera Parte.—Cap. I, II, III, IV, V.—P. 351 a 376.

SUMARIO

PRIMERA SECCION:

Editorial	I
Alejandro de Humboldt.— Carlos Manuel Larrea	1
Humboldt y Caldas en Quito.—Las disilusiones de un sabio según su correspondencia.— J. Roberto Páez	13
Alejandro de Humboldt juzgado por Don Marcelino Menéndez y Pelayo	22
Federico Enrique Alejandro Barón de Humboldt.— Fray Vicente Solano	24
El Retrato de Humboldt por Antonio Cortés y Alcócer.— José Gabriel Navarro	27
Humboldt y la Expedición Botánica de Bogotá (“Memoria sobre Mutis, etc”).— Federico González Suárez	31
Viaje de Humboldt y Bonpland a la América: Llegada a Cartagena de Indias y a Bogotá, con el fin de saludar a Mutis. (“Biografía de José Celestino Mutis, etc”).— Federico A. Gredilla	43
Cartas de José Celestino Mutis a Humboldt (“Biografía de J. C. Mutis, etc.”)	49
Recuerdos de Humboldt (“Humboldtianas”).— Aristides Rojas	57
Una página más de los recuerdos de Humboldt	103
Un Biógrafo Artista	114
Los Precursores de Colón	122
El mito de “El Dorado”	137

SEGUNDA SECCION:

Biografía Sintética de Alejandro de Humboldt	151
“Estado Social de América antes del Descubrimiento” — (“Colón y el descubrimiento de América”)— Alejandro de Humboldt	157
“Influencia del Descubrimiento de América en la Civilización”	164
“El Chimborazo y el Cariguairazo.—Volcán de Cotopaxi. Montaña de Iliniza y Montaña del Corazón.—Volcán de Cayambe.—Puente de Cuerdas de Penipe”.— “Sitios de las Cordilleras y Monumentos de los pueblos indígenas del Perú”.— Alejandro de Humboldt	172
“Monumento Peruano del Cañar:—Ruinas de la Antigua Ciudad de Chulucanas.— Inga-Chungana, cerca del Cañar.— Casa del Inca en Callo, Reino de Quito.— Roca de Intiguaico.”	192

Si Ud. conserva manuscritos inéditos de valor histórico, hágalos conocer por medio de las páginas de "MUSEO HISTORICO".

Si Ud. los obsequia al Museo de Historia de la Ciudad, hará obra de verdadero patriotismo y constará en la nómina de sus benefactores.

El pasado es el maestro del porvenir.

Pueblo sin Historia es pueblo anónimo.

Para todo lo relacionado con
este Boletín y Publicaciones
Históricas del Concejo Capi-
talino, diríjase al Director del
Museo de Arte e Historia de la
Ciudad de Quito,

Señor Jorge A. Garcés G.
QUITO—ECUADOR

Apartado Postal Núm. 3054